

PUNTO ROJO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

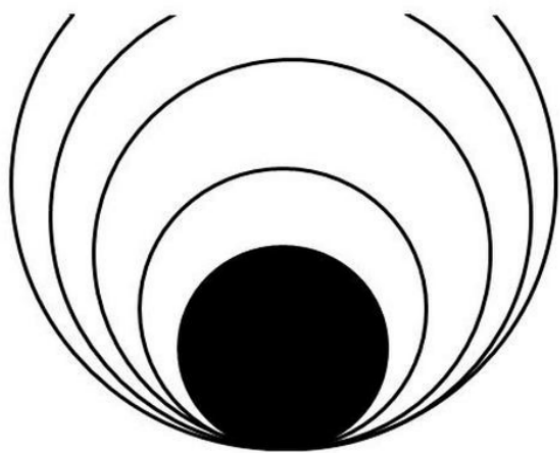
 **POLICIACO**

**CLARK
CARRADOS**

**GANE 1
MILLON**
DE PESETAS

El secuestro de Eva Doyle





PUNTO ROJO



ENCONTRARÁ OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR
EN LAS COLECCIONES DE
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
QUE SE DETALLAN A CONTINUACIÓN:

Servicio Secreto
Punto Rojo
Bisonte, Serie Roja
Búfalo, Serie Roja
Selección Terror
La Conquista del Espacio

CLARK CARRADOS

EL SECUESTRO DE EVA DOYLE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1180
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 9.418 – 1985

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: abril, 1985

1ª edición en América: octubre, 1985

© Clark Carrados - 1985

texto

© Norma - 1985

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

Estaba sentado tranquilamente a la orilla del arroyo, con la caña en las manos, cuando de pronto sintió rumor de pasos a su espalda. Una voz de mujer sonó instantes después:

—¿Señor Fowler?

Vance Carroll hizo un leve gesto con la mano izquierda sin volver la cabeza.

—Se equivoca, señora —dijo.

—Me informaron de que estaría aquí —adujo ella.

—A doscientos metros más arriba. Siga la orilla del arroyo y lo encontrará. Por favor, no le espante la pesca; hemos hecho una apuesta y me gusta ganar honradamente.

—Lo tendré en cuenta. Muchas gracias —se despidió la mujer.

Los ojos de Carroll estaban fijos en la enorme trucha que merodeaba plácidamente por el remanso, sin hacer mucho caso del anzuelo y del señuelo que Carroll mantenía pacientemente. El pez parecía más predispuesto a disfrutar de la tranquilidad del lugar que a lanzarse a la caza de la mosca que se hallaba tentadoramente a poca distancia de sus fauces.

—Vamos, maldita —dijo Carroll entre dientes—. Pica de una vez... Seguro que pesas más de dos kilos... Jeb tendrá que resignarse a admitir que soy mejor pescador que él...

De pronto la trucha salió disparada y cerró la boca sobre el anzuelo. Inmediatamente Carroll dio un tirón y el pez salió del agua, coleteando con desesperación.

Los esfuerzos de la trucha resultaron inútiles. Poco después Carroll se puso en pie y guardó el pez en la cesta. Ya lo mediría y pesaría más tarde, aunque estaba seguro de que tenía ochenta centímetros de largo y rebasaba los dos kilos de peso.

Con la caña al hombro, emprendió el camino río arriba, a fin de reunirse con Fowler. Disfrutaba por anticipado con la cara que

pondría su amigo al ver la magnífica presa que había conseguido.

—Se pondrá verde de envidia —dijo a media voz.

Inesperadamente, vio venir a una persona en dirección contraria.

Divisó unas manchas de color muy vivo entre la espesa vegetación del lugar y entonces recordó a la mujer que había preguntado antes por su amigo.

—¿Qué le pasará a esa tía? —murmuró.

Ella salió de pronto a terreno más despejado. Carroll vio que era bastante alta, muy esbelta, de pelo dorado como un casco, corto y levemente ondulado, y vestida con un traje veraniego, estampado, que llegaba a unos diez centímetros por encima de las rodillas. Pero también apareció la horrible palidez de su rostro y la inseguridad de sus movimientos al andar.

—A esa chica le sucede algo —dijo, a la vez que echaba a correr hacia la joven.

Ella le vio llegar y se detuvo, apoyándose con ambas manos en el tronco de un pino.

—Su amigo... allá arriba... Cuando llegué...

Era evidente que no podía hablar. Carroll captó en sus ojos una expresión de horror infinito y se sintió sobrecogido.

—¡Hable, hable! —gritó—. ¿Qué le ha pasado a Fowler?

La joven empezó a deslizarse hacia el suelo, pero no porque hubiera perdido el conocimiento, sino porque sus piernas se negaban a sostenerla.

—Es... está muerto... —contestó desmayadamente.

Durante un segundo, Carroll se negó a creer en el verdadero significado de aquella respuesta. Luego, de forma brusca, soltó todos los trebejos de pescar y corrió hacia el lugar en que su amigo se había apostado una hora antes.

Pronto pudo verlo sin dificultad. Jeb Fowler estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en un árbol y la cabeza caída sobre el pecho.

En la sien derecha tenía un agujerito, del que todavía manaba la sangre, fresca y siniestramente brillante, escurriéndose por la mejilla hasta gotear sobre la pechera de la camisa. La caña de pescar yacía inerte entre sus piernas.

Al cabo de unos segundos, Carroll se atrevió a acercarse a su

amigo y tocó la otra mejilla con una mano. Aún estaba tibia, lo que le indicó que la muerte se había producido menos de un cuarto de hora antes.

Pero las causas de la muerte era el impacto de una bala. Y él no había oído la detonación de un arma de fuego al ser disparada. ¿Por qué?

—Si el asesino usó silenciador... —dijo entre dientes.

Todavía había una pregunta más acuciante: ¿Por qué habían tenido que asesinar a Jeb Fowler?

La caña se agitaba, porque había un pez prendido en el anzuelo. Carroll lo sacó del agua, le quitó el anzuelo de la boca y lo devolvió al arroyo.

La apuesta hecha aquella mañana había perdido su sentido. De repente pensó en la joven que había venido a hablar con su amigo.

Regresó a la carrera. Ella seguía sentada en el mismo sitio, aunque parecía un tanto recuperada y le miró fijamente al verle llegar.

—Lo ha visto —musitó.

Carroll asintió.

—Tendré que avisar a la policía —dijo—. Mi amigo tenía una cabaña a menos de quinientos pasos y disponía de radioteléfono. ¿Quiere acompañarme?

Al mismo tiempo, le tendía la mano, que la joven aceptó sin remilgos. Una vez en pie, ella dijo:

—Me llamo Eva Doyle.

—Vance Carroll —se presentó él lacónicamente.

A poca distancia del arroyo había un sendero que serpenteaba entre la ladera. Carroll se percató de que Eva no se encontraba repuesta del todo y la agarró de un brazo, para ayudarla a caminar.

—Señorita Doyle, ¿tendrá la bondad de explicarme para qué quería hablar con mi amigo? —dijo al cabo de unos momentos.

—¿Trabajaba usted en el despacho del señor Fowler? —quiso saber ella.

—No. Jeb y yo éramos buenos amigos, simplemente, aunque debo manifestar que me ocupaba de asesorarle en cuestiones legales, principalmente asuntos fiscales. Él tenía su agencia de detectives, con la que se ganaba muy bien la vida, y ha de saber que mi oficina está en la misma planta del mismo edificio y casi

enfrente de la de mi amigo. Pero yo no intervenía en sus casos, a menos que se tratase, como digo, de asesorarle técnicamente en cuestiones legales o de impuestos, a fin de evitarle problemas con la ley.

—Comprendo —dijo Eva—. Lo mío no tiene que ver con el fisco. Simplemente, vine a pedir protección a su amigo.

—¿Protección? —se extrañó él—. ¿La amenazan?

—Peor. Quieren secuestrarme, para pedir un millón de dólares por mi rescate.

Carroll dio un respingo.

—¡Un millón de dólares!

—Ni un centavo menos —confirmó Eva con sorprendente frialdad.

—Entonces es usted lo que se dice una rica heredera...

—Es una definición muy acertada, señor Carroll.

—Lo siento verdaderamente, pero, como puede imaginarse, más lamento la muerte de un buen amigo.

—Quizá lo han asesinado por mi causa —apuntó Eva.

—¿Usted cree?

—No podría afirmarlo rotundamente, pero, con sinceridad, creo que lo han matado porque conocían su buena fama y sabían que él impediría mi secuestro.

La cabaña del muerto apareció de pronto a la vista, en una explanada de la ladera, de la que arrancaba un camino forestal que conducía al valle. Carroll divisó un coche deportivo junto a la ranchera de Fowler, vehículo en el que ambos habían viajado para pasar pescando el fin de semana.

—Señorita Doyle —dijo de pronto.

—¿Sí, señor Carroll?

—Como he indicado antes, voy a llamar a la policía. Creo que las cosas se complicarían demasiado si mencionase usted la palabra secuestro.

—Sí, estoy de acuerdo. El caso es que, como todavía no me han secuestrado, no se ha cometido ningún delito. Por tanto, ¿cómo acusarles de algo que no han hecho?

—Exacto. Diga mejor que vino aquí, luego le daré más detalles, para ver cuál de los dos había ganado la apuesta de pescar la trucha más grande, y se encontró con la sorpresa de que Jeb había

muerto...

—¿Creerán la excusa?

—¿Hay alguien que tenga conocimiento oficial de que quieren secuestrarla?

—No, es verdad —reconoció Eva.

—Entonces la excusa que le he aconsejado es tan buena como cualquiera otra —dijo Carroll firmemente.

Dos días más tarde, Eva Doyle oyó que llamaban a la puerta de su casa y se acercó para explorar a través de la mirilla. Su sorpresa fue grande al reconocer a su visitante.

—No esperaba verle, señor Carroll —dijo, después de abrir.

El joven sonrió.

—Se me ocurrió venir a visitarla para, si me permite, darle algunos buenos consejos... o que yo estimo como buenos. Naturalmente, si me lo permite.

—¿Por qué no? —accedió ella, con graciosa sonrisa—. ¿Quiere tomar algo?

—Café, por favor.

—Al momento.

Eva se marchó. Carroll observó que el apartamento estaba agradablemente decorado y que no había en él la menor huella de desorden, ni mucho menos de desaliño o descuido.

Pensativo, se pellizcó el labio inferior.

«La quieren secuestrar, van a pedir por su rescate un millón de dólares... ¿y vive aquí, en un apartamento relativamente modesto?».

Ella volvió con una bandeja en las manos y se sentó frente a Carroll, con las rodillas muy juntas.

—Adivino lo que piensa —dijo, mientras llenaba las tazas.

—¿De veras? ¿Es telépata?

—No, pero cualquiera, en su lugar, estaría pensando lo mismo, sobre todo si tenemos en cuenta que el otro día no hablamos demasiado sobre el asunto.

—Está bien, diga, pues, lo que cree que pienso.

—Quieren secuestrarme, van a pedir un millón por mi rescate y vivo en un apartamento en el que, si no falta nada, tampoco el lujo deslumbra a los visitantes. ¿Me equivoco?

—Lo ha acertado —contestó Carroll—. Pero en este mundo todo

tiene una explicación, supongo.

—Es verdad —admitió Eva—. Sin embargo, creo haberle oído mencionar unos consejos... ¿Qué clase de consejos, señor Carroll?

—Bien, usted fue a buscar a mi amigo, porque habló con la secretaria de su agencia y ésta le dijo que, si tan urgente le resultaba hablar con él, debía ir a la sierra. Pero aunque el pobre Fowler haya muerto, la agencia sigue funcionando. Por tanto, si insiste en que le otorguen protección, puede solicitarlo al que ahora es el director provisional. Y por supuesto, si necesita mi ayuda, cuente conmigo incondicionalmente.

Después de las palabras de Carroll, se produjo un hondo silencio en la estancia.

CAPÍTULO II

Súbitamente, Eva se puso en pie y, torciéndose las manos, empezó a pasearse por la sala.

—Yo no quería esto en manera alguna —dijo, evidentemente muy nerviosa—. Incluso lo rechacé cuando él me lo dijo, pero por lo visto era hombre obstinado y redactó su testamento, de la forma que me había anticipado, esto es: yo sería su heredera universal, excepto algunas mandas y legados que se especificaban en el anterior testamento y que incluso aumentó, para beneficiar a los legatarios. Después, a los dos meses, murió...

—¿Debo entender que no era usted pariente del testador? —preguntó Carroll, extrañado por aquella sorprendente declaración.

—No. Soy enfermera diplomada y me enviaron del hospital donde actúo habitualmente, para asistirle a él de forma exclusiva. Me disgusta aparecer inmodesta, pero me eligieron a mí precisamente por mi competencia. Y hasta entonces, debo decirlo, nunca había oído hablar de él.

—Se refiere, sin duda, al testador.

—En efecto, Phineas K. Jackson. Estaba... Bueno, no vamos ahora a discutir sus dolencias, pero en el tiempo que permanecí con él, casi un año, logré granjearme su aprecio y su estima. Conseguí también que mejorase mucho, pero había algo que ya no tenía remedio: su corazón.

—Comprendo. Siga, por favor, Eva.

Ella volvió a sentarse y forzó una sonrisa.

—Como ya le dije antes, Jackson me informó de sus intenciones de modificar el testamento. Era viudo desde hacía casi veinte años y había tenido una hija, actualmente muerta, de modo que no le quedaban parientes directos. Algún primo en tercer grado, pero nadie, en suma, que pudiera impugnar el testamento, máxime cuando fue otorgado ante su abogado, el hombre que había

defendido sus intereses durante casi cuarenta años y que no encontró nada reproable en los deseos de su cliente.

—Y entonces alguien, ahora, se ha enterado de que usted es rica y quiere... Por cierto, ¿le importaría decirme a cuánto asciende el montante de la herencia?

—Descontados las mandas y los impuestos legales, un millón y medio de dólares.

—Y le van a pedir uno por el rescate... Pero ¿es que ya le han anunciado el secuestro? —quiso saber Carroll profundamente intrigado.

—Sí —confirmó Eva—. Me lo dijo la propia señora Jackson en persona.

Carroll agitó las manos, como pidiendo una aclaración sobre algo que parecía incongruente en relación con lo que había oído hasta aquel momento.

—Vamos a ver si nos aclaramos —exclamó—. Antes dijo que Jackson no tenía familiares directos y ahora pronuncia usted el nombre de una mujer que lleva su mismo apellido. ¿Qué relación de parentesco tenía esa dama con el testador?

—Era el ama de llaves, Amelia Wahalee, y se casó con él pocos días antes de su muerte.

Carroll parpadeó. ¿Estaba Eva bien de la cabeza?

—No me mire así —protestó la chica—. Yo no estuve presente en la ceremonia, que se celebró en la misma residencia de Jackson. Me lo contó una de las sirvientas, Nancy Coleman. Yo tenía mi día libre y por eso estaba ausente. Nancy cree que al señor Jackson le dieron una droga, que anuló su voluntad, hasta el extremo de que no sabía lo que se hacía. Amelia trajo a un pastor que celebró la unión, con varios testigos, que firmaron el certificado correspondiente. La sirvienta sospecha que ninguno de aquellos hombres, y el clérigo menos todavía, eran lo que aparentaban.

—¿Un falso matrimonio? —apuntó Carroll.

—Sí —confirmó Eva—. Si hubiese sido una boda auténtica, ¿para qué pedirme un millón de dólares? Bastaría con impugnar el testamento, puesto que la boda se celebró un par de meses después de que Jackson hubiera otorgado su última voluntad. La ley sentenciará a su favor, ¿no cree?

—En efecto, así es, pero hay algo ilógico en lo que usted dice. Si

el ama de llaves se inventó la ceremonia...

—Es que ella creía que el truco daría resultado, pero cuando mencionó el asunto y yo le dije que presentase los documentos pertinentes ante un tribunal, cambió de opinión y mencionó el secuestro. Si los documentos fuesen auténticos, no tendría problemas en conseguir que se reconociesen sus derechos, ¿no es así?

—Desde luego. Se descubriría la impostura y tanto ella como sus amigos podrían acabar en la cárcel —convino Carroll pensativamente—. Pero ¿qué tiene que ver todo esto con la muerte de mi amigo?

—No lo sé —respondió Eva—. Yo no le había visto en la vida y no le conocía, por tanto. Simplemente, se me ocurrió contratarle para que me diese protección...

—Jeb fue asesinado antes de que usted llegase al punto donde estaba pescando. Si no se hubiese entretenido conmigo, incluso es posible que hubiese visto al asesino.

—Quizá, pero ello no habría salvado la vida de su amigo.

—Eva, estamos discutiendo un asunto que ya no tiene remedio —dijo él—. Lo único cierto es que Jeb está muerto y que alguien sabía que usted iba a verle. Mi amigo era muy bueno en su oficio; conseguía siempre lo que se proponía. Por eso lo mataron.

—¡Pero yo no dije a nadie que quería contratar a Fowler! —alegó la joven.

—Es indudable que la espían; de otro modo no se comprende el asesinato —insistió Carroll—. Alguien la vio entrar en el edificio donde Jeb tenía su agencia y sacó conclusiones pertinentes, por lo que se anticipó en llegar a la sierra antes que usted.

—En tal caso, tiene que ser alguno de los cómplices de Amelia Wahalee.

—¿Conoce usted a alguno?

—Sólo a uno. Iba a visitarla en ocasiones, por la noche, y hasta creo que se quedaba a pasar la noche con ella.

Carroll sonrió.

—Con permiso del difunto señor Jackson —opinó.

—No —contradijo Eva—. Se despedía en apariencia, pero luego entraba por la puerta trasera y se dirigía al dormitorio de Amelia. El nombre es Viktor Avery.

—Lo tendré en cuenta. ¿Sabe cómo se llama el abogado de Jackson?

—Cyrus S. Roderick. Si quiere le daré su dirección... Pero ¿qué es lo que se propone usted?

La mirada del joven se endureció de repente.

—Voy a hacer algunas investigaciones por mi cuenta. Jeb era mi mejor amigo y quiero que su asesino pague el crimen que cometió —respondió, ceñudo.

Cyrus S. Roderick era un afable caballero, de blanca cabellera, cuyo color, estimó Carroll, era un tanto prematuro, ya que le pareció más joven de lo que aparentaba.

Roderick le recibió con suaves y corteses maneras y, después de tomar ambos unos sorbos de buen *whisky*, el primero dijo algo que agradó notablemente al visitante:

—He oído mencionar su nombre en alguna ocasión y debo declarar que siempre ha sido en sentido favorable. Sólo por la simple razón de cierta pereza en llamarle a usted, además de los muchos asuntos en que estoy ocupado, no le he llamado para discutir un punto que podría resultar conveniente para ambos.

—Me halaga usted —sonrió Carroll—. Pero ¿qué podría hacer yo para que mi trabajo resultase beneficioso para un hombre de su reputación?

—Es usted experto en temas fiscales y el hombre que yo tenía en mi despacho, en calidad de socio, se ha retirado. Naturalmente, si trabajase para mí, no se convertiría en socio de inmediato, pero sí podría obtener muchas ventajas en todos los sentidos, además de, en el futuro, entrar a formar parte del bufete como socio. Pero esto es algo que podemos discutir más adelante. Sospecho que ha venido a verme por otros motivos, ¿no es así?

—Cierto —confirmó el joven—. Usted era el abogado del difunto Jackson. ¿Redactó usted el testamento o se limitó a asesorarle?

—Él me indicó sus deseos y yo redacté primero un borrador que luego, aprobado, se convirtió en el documento definitivo.

—Y en el cual se declaraba heredera universal, aparte de algunas mandas y legados, a la señorita Eva Doyle.

—Exactamente, así es —confirmó Roderick.

—¿Se puede impugnar ese testamento?

—No —respondió Roderick, tajante—. Está homologado en

todos sus extremos por un tribunal pertinente y sólo una persona conseguiría que se revocase la última voluntad de Jackson.

—Su hija.

—Pero está muerta.

—¿Es seguro, abogado?

Roderick titubeó un segundo, cosa que no dejó de advertir su visitante.

—Bien —dijo al cabo—, por deseo de mi cliente, yo insté, hace un par de años, declaración de fallecimiento legal, lo que fue aprobado por un juez encargado del caso y tras las investigaciones correspondientes, como se puede figurar usted, aparte de que ya había transcurrido el plazo legal para que se considerase muerta a la señorita Beatrice Ernestine Jackson.

—Si no calculo mal, la hija de Jackson debería tener ahora unos treinta años —calculó Carroll.

—Sí, muy aproximadamente —confirmó el abogado.

—Eso significa que abandonó la casa paterna a una edad temprana. Pero la declaración de muerte legal quiere decir, también, que nadie ha visto su cadáver. Simplemente, se la considera fallecida, porque no ha dado señales de vida en esos diez o doce años.

—Efectivamente, así es.

—Supongamos que está viva. ¿Cómo podría probar su personalidad después de diez o más años?

—Por las huellas dactilares —contestó Roderick sin pestañear—. Cometió en cierta ocasión un delito de menor cuantía, pero que no le libró de pasar por una comisaría, en donde la ficharon y tomaron sus huellas, aunque conseguí su libertad bajo fianza a la mañana siguiente. Pero —añadió el abogado con una triste sonrisa—. Bea, como la llamaba su padre, está muerta. Si no fuera así, ¿por qué no se hizo visible a la muerte de Jackson, ocurrida hace más de un año y divulgada ampliamente por los periódicos y otros medios de comunicación?

Era un argumento irrefutable, pensó Carroll. «Una hija, aunque esté en malas relaciones con su padre, cuando muere éste, dejando una inmensa fortuna, no se queda quieta y aparece para reclamar lo que es suyo», tales fueron los razonamientos que se hizo, después de despedirse de Roderick y asegurarle que estudiaría detenidamente

su proposición para formar parte de su equipo legal.

Los ojos de Bessie Urban, secretaria de Jeb Fowler, estaban todavía húmedos cuando aquella misma tarde Carroll pasó a la oficina que estaba situada casi frente a la suya. Bessie era una solterona de unos cuarenta y tantos años, poco agraciada en lo físico, pero muy eficiente en su tarea y conocía casi todos los secretos de su difunto jefe.

Ello fue el motivo que indujo a Carroll a hablar con la mujer. Sentóse frente a ella y, mirándola fijamente, dijo:

—Bessie, usted es una mujer valerosa. Deje ya de gimotear y vuelva a su trabajo. Es el mejor lenitivo para toda clase de penas, créame.

—¿Qué trabajo, señor Carroll? —contestó ella—. La agencia está paralizada y yo no sé si continuaré en el empleo. Mike Andrews era el mejor colaborador del difunto señor Fowler, prácticamente el segundo de a bordo, pero la hermana del señor Fowler no parece muy inclinada a continuar el negocio...

—Una agencia de detectives no es como una fábrica, cuyo valor puede resultar muy elevado a la hora de hablar de la compra. Prácticamente, esta agencia tiene sólo el nombre y poco más, y ustedes podrían ponerse de acuerdo con la hermana de Jeb para seguir adelante. Es una sugerencia que le hago, y si tienen problemas legales yo les ayudaré a solucionarlos, con mucho gusto y sin cobrarles un centavo.

—Gracias, señor Carroll, es usted muy bueno —contestó Bessie, haciendo un esfuerzo para sonreír—. Se lo propondré a Mike, a ver qué dice, y... ¿quería usted algo de mí?

—En efecto. Una agencia de detectives, sin confidentes, no vale demasiado, y yo necesito hablar con algunos... Los que usted conozca.

Bessie hizo un gesto negativo.

—Temo que mi ayuda no le va a servir de mucho, señor Carroll —dijo—. La cuestión de los confidentes era uno de los secretos mejor guardados del señor Fowler, tan bien guardado que no llevaba siquiera notas con nombres y direcciones. Tenía una memoria prodigiosa y ello le evitaba realizar anotaciones que más adelante hubieran podido resultar inconvenientes.

Carroll torció el gesto.

—Es una lástima, Bessie. Yo quiero encontrar al asesino...

—Espere un momento —pidió la secretaria—. Conozco un nombre, y hasta sé dónde vive, porque el señor Fowler me envió una vez a entrevistarme con el sujeto. Él estaba enfermo, con una gripe muy fuerte, y el tipo quería dinero, que yo le llevé, aunque no sé por qué se lo daba...

—Bien, Bessie —exclamó Carroll, entusiasmado—. Para empezar, eso es más que nada. ¿Cómo se llama ese individuo?

—Kerry Boles, alias *el Zorro*. Creo que una vez se peleó a navaja con un tipo y le marcó en la frente como en la película, ¿comprende?

Carroll se echó a reír.

—El Zorro —repitió—. Si es cierta la historia, el apodo resulta enteramente merecido.

CAPÍTULO III

La ceja izquierda de Kerry Boles era más alta que la derecha y el sujeto se daba así cierto aire maquiavélico, con lo que pretendía creerse más importante de lo que era. Al verle, Carroll se abstuvo de echarse a reír, porque una inoportuna carcajada podría haberlo echado todo a rodar.

—Sí, yo trabajaba en ocasiones para Fowler —admitió Boles, apoyado con un codo en el mostrador del bar, donde, al fin, lo había localizado el joven—. Pero a usted no le conozco...

Sin inmutarse. Carroll enseñó dos billetes de diez dólares.

—Habrá más —prometió—. Por si lo ignora, le diré que Fowler era mi mejor amigo y quiero encontrar a su asesino. Y aparte de la amistad que nos unía, yo era su asesor legal en materia financiera. ¿Me ha oído, Kerry?

Boles asintió, a la vez que hacía desaparecer los billetes.

—¿Qué quiere saber usted? —preguntó.

—Eso ya está mejor —sonrió el joven—. Escuche un momento; voy a explicarle el asunto, así podrá comprender qué es lo que deseo.

Carroll habló durante unos minutos. Luego esperó la reacción del confidente.

Boles parecía sumido en profundas meditaciones. Al fin, levantó la mirada.

—Tiene que ser Jason Britten, no pudo hacerlo otro —dijo.

—¿Lo cree así, Kerry?

—Hace años que Britten se dedica al «negocio» de solicitar donativos y aportaciones económicas para los fieles desvalidos de Sudamérica. Viste como un clérigo, actúa como un clérigo, predica inspiradamente... pero jamás ha sido ordenado sacerdote en ninguna iglesia ni secta, salvo en la que él mismo ha creado.

—En suma, un estafador.

—Justamente. No hace estafas gordas, como la del tipo que vendió a un paleta el Gran Cañón del Colorado o cosas por el estilo, pero sí tiene la labia suficiente para embaucar a cierta clase de personas y obtener buenas ganancias. Lo que sucede es que en estos momentos no sé dónde localizarlo.

—Podría investigarlo, supongo.

Boles ladeó la boca.

—Deme treinta más. Luego le pasaré la factura total.

—De acuerdo —se resignó el joven—. Voy a darle dos números de teléfono para que me llame cuando sepa algo. ¿Entendido?

—De acuerdo. El señor Fowler era un buen «cliente» mío y yo también tengo ganas de ver a su asesino en chirona —contestó Boles.

Uno de los teléfonos era el suyo propio. El otro pertenecía a Eva, y Carroll pensó que la joven podría recibir el mensaje del confidente, si él no se encontraba en casa en el momento de la llamada.

Era ya de noche cuando Carroll decidió visitar a Eva, para informarle de lo que había conseguido hasta el momento. La joven residía en un elegante aunque discreto edificio de apartamentos, de sólo tres plantas, relativamente alargado, con grandes terrazas ajardinadas y zonas de césped y setos de flores en la explanada anterior. Eva vivía en la segunda planta y Carroll emprendió el ascenso a pie apenas llegó al edificio.

Cuando asomaba al rellano de la segunda planta, vio algo que llamó su atención inmediatamente.

Había un tipo manipulando en la puerta del apartamento de Eva. A Carroll le inspiró sospechas desde el primer momento.

El sujeto parecía muy ocupado en abrir la puerta sin llave y, por supuesto, sin permiso de la dueña. Carroll inspiró con fuerza y luego, silenciosamente, de puntillas, se acercó al desconocido y le tocó en un hombro.

—¿Necesita ayuda? —preguntó, cortés.

La reacción del hombre resultó fulgurante. Girando en redondo, levantó el brazo al mismo tiempo para con el codo golpear el pecho del joven. Carroll, pillado un tanto por sorpresa, como a contrapié, no pudo resistir el impacto y cayó de espaldas.

El otro echó a correr en el acto, saltando por encima del caído.

Cuando Carroll quiso recobrase, el sospechoso ya había desaparecido.

Segundos después oyó en la calle el rugido del motor de un automóvil que escapaba a toda velocidad. Sentado en el suelo. Carroll sacudió la cabeza y pensó en aquel extraño individuo, que le había derribado con tanta facilidad.

Había podido ver su cara durante fracciones de segundo, pero le iba a resultar difícil olvidar aquellas facciones de rasgos simiescos, con barba de un par de semanas, que llegaba casi hasta los ojos, y las cejas peludas y espesas, que formaban una sola línea en una frente deprimida. Era mucho más bajo que él, pero no tenía ya dudas acerca de su tremenda potencia física.

Al cabo de unos segundos se puso en pie y llamó a la puerta.

—Está abierta —sonó la voz de Eva al otro lado.

Carroll la empujó. Inmediatamente se puso tieso, a la vez que hacía vivos ademanes con los brazos.

—¡No tire, soy yo! —exclamó.

Eva estaba frente a la entrada a cuatro o cinco pasos, muy rígida, los ojos casi fuera de las órbitas y un revólver sujeto con las dos manos, que se veía temblaban peligrosamente. Carroll comprendió que la muchacha estaba aterrada y, por lo mismo, dispuesta a todo para salvar su vida.

Hubo un momento de silencio. Eva le miraba como si no le conociera y Carroll comprendió que se hallaba bajo el pernicioso influjo de una crisis nerviosa.

—Tranquilícese, Eva; nadie quiere hacerle daño —agregó, tras una corta pausa—. Soy yo, Vance Carroll. ¿Es que ya no me conoce?

Ella, de pronto, lanzó un profundo suspiro y bajó el arma.

—Lo siento, Vance —se disculpó—. Créame, no pretendía hacerle ningún daño..., pero había alguien que quería entrar en el apartamento...

—Lo sé. Me encontré con el tipo, pero me derribó de un buen golpe y pudo escapar.

Carroll se acercó a la chica y le quitó suavemente el revólver.

—No lleve armas nunca —dijo—. La seguridad que puedan inspirarle no le compensará de los problemas que podrían presentársele si disparase contra alguien. Vamos —agregó persuasivamente—, tome asiento y procure calmarse. Voy a ver si

encuentro algo de beber...

Ella señaló una consola. Carroll puso dos dedos de licor en un vaso y se lo entregó a Eva, ya sentada en un diván.

—Oí ruidos en la puerta —dijo, después de tomar un sorbo de *whisky*—. Me asusté muchísimo y me di cuenta de que no podría impedir que entrasen en el apartamento. Por eso cogí el revólver. Hubiera disparado, se lo aseguro.

—La creo, pero ya no es necesario.

Carroll se acercó a la puerta y la inspeccionó unos momentos. Luego se volvió hacia la joven.

—Mañana mismo hará reforzar las cerraduras —aconsejó—. Esa puerta podría abrirla un chiquillo y si el tipo que quería entrar no lo consiguió, es sin duda porque no tiene mucha experiencia.

—Quieren secuestrarme, no han desistido —se lamentó Eva.

—Lo sé, pero vamos a evitarlo, créame.

—¿Cómo? —quiso saber Eva—. ¿Tiene algún plan?

—De momento, no abra a nadie. Cuanto yo me vaya ponga algunos muebles como barricada. Si el tipo reincidiese, cosa que no creo, grite, chille; rompa algunos cristales con objetos que puede tirar desde la sala. El sujeto huirá, se lo aseguro. Y para mayor garantía, mañana, en cuanto sea de día, llame al hipermercado que hay al final de la calle. Ofrecen servicios de todas clases y le enviarán un operario con nuevas cerraduras y sistemas de seguridad. Yo me pondré en contacto con usted, eso es todo.

—Pero no puedo estar siempre así, enclaustrada...

—Lo sé, aunque de momento no le queda otro remedio. Eva, incluso podría evitar fácilmente el secuestro en plena calle. La amenazarían, pero no les interesa asesinarla, porque saldrían a relucir muchas cosas que desean mantener ocultas. En tal caso, repito, grite, chille, agítese, arañe la cara y los ojos de sus secuestradores, no se esté quieta un solo instante. Llame la atención, no se deje acobardar. El mayor peligro de secuestro, estimo, está aquí, en su propia casa, pero si pone cerraduras nuevas, no conseguirán nada, ¿entendido?

Eva sonrió, más aliviada.

—Ahora me siento mejor —confesó—. ¿Cuándo me llamará usted, Vance?

—No lo sé, calculo que quizá a mediodía. Pero puede que reciba

una llamada para mí; en tal caso comuníqueme el mensaje de inmediato.

—Lo haré, se lo prometo.

Carroll se encaminó hacia la puerta.

—Usted ha sido, y no se lo reproche, la causante indirecta de la muerte de mi amigo, pero eso es algo que ellos van a lamentar durante todos los días de su vida —se despidió.

Era todavía muy temprano cuando sonó el teléfono y, adormilado aún, alargó el brazo y descolgó el auricular.

—Carroll —dijo.

—Boles —sonó una voz al otro lado de la línea—. ¿Ha oído hablar alguna vez de la Iglesia Haphristyna de la Primera Luz del Cosmos Divino?

—No, jamás —contestó el joven, estupefacto—. He oído hablar de toda clase de religiones y sectas raras, pero es la primera vez que oigo mencionar la Iglesia Hapi... ¿Cómo ha dicho. Kerry?

—Haphristyna —repitió el confidente—. Tiene su capilla en la Décima, al final, y celebra oficios religiosos todos los días a las once de la mañana.

—Está bien, asistiré a uno de esos oficios. Gracias, Kerry.

Carroll se metió en la ducha, preguntándose qué querría decir Haphristyna, un nombre harto estrambótico, pensó. Pero si el «reverendo» Britten obtenía buenos ingresos de sus fieles, el nombre era lo de menos.

«En este mundo nunca faltan los idiotas que mantienen el lujo de los listos», rezongó mientras se disponía a salir para su oficina, con el objeto de atender algunos asuntos pendientes, puesto que tenía tiempo más que sobrado de asistir a los oficios que celebraba el falso pastor que había casado a una embaucadora con un anciano cuyo cerebro ya no funcionaba debidamente.

La capilla de la Iglesia Haphristyna era relativamente modesta, aunque recién construida. Por su apariencia, Carroll supo que había sido edificada con elementos prefabricados.

Casi parecía un garaje algo más grande de lo normal, con tejado a dos aguas, de bastante inclinación, y sin campanario, aunque con un remate en forma de obelisco, acabado en un círculo dorado, en cuyo interior se veía una bola blanca que, seguramente, contenía una lámpara, ahora apagada debido a la luz del día.

En la fachada, sobre la puerta, aparecía el rótulo con el nombre de la secta, en letras doradas sobre fondo azul muy oscuro, con numerosas estrellitas. Carroll meneó la cabeza disgustadamente.

«Y que esto pueda suceder en un país civilizado...», rezongó, mientras subía los cuatro o cinco escalones que separaban la entrada de la acera.

Cruzó la puerta y advirtió dos docenas de bancos, en sendas hileras, la mayoría de los cuales estaban ocupados por personas de ambos sexos, estáticamente absortos en las palabras que pronunciaba el oficiante situado al fondo, a unos veinte metros escasos del umbral.

Sin hacer ruido, Carroll, con actitud reverente, se sentó en el antepenúltimo banco. Hacerlo más adelante, resultaría imprudente, se dijo; no tenía demasiado interés en que se fijase en su persona el impostor que se hallaba predicando en el estrado.

Aquel individuo, pensó el joven, sabía hablar bien, era evidente, aunque la doctrina que exponía no podía ser más disparatada. Hubo un momento, incluso, en que casi llegó a creer lo que decía el reverendo Britten y entonces comprendió que supiese embaucar tan hábilmente a los crédulos e incautos que le escuchaban. Sacudió la cabeza con fuerza. Sólo faltaría que él también se hiciese un adepto de la Iglesia Haphristyna. «¡Hasta ahí podríamos llegar!», pensó, indignado consigo mismo.

CAPÍTULO IV

El oficiante era un sujeto alto, corpulento, de rostro redondo, con papada y expresión plácida, desmentida por la aguda mirada de sus ojillos. Vestía una especie de túnica, de mangas anchas, y larga hasta los pies, en la que, a la altura del pecho, se veía un gran bordado, con un dibujo análogo al que había en el exterior, como remate del tejado. Un poco más arriba, una ancha faja azul oscuro, con numerosas estrellitas, rompía la relativa monotonía de la prenda, hecha de una seda de color amarillo pálido.

La gente escuchaba con devoción. Carroll se sentía pasmado e irritado a un tiempo, y hacía grandes esfuerzos para no declarar a voz en cuello que lo que el impostor decía no era sino vana palabrería, destinada a saquearles los bolsillos.

Pero ¿para qué molestarse en disuadir a los que estaban predispuestos a creer desde el primer momento? No valía la pena, concluyó; que los incautos diesen su dinero. Tal vez así algún día se convencerían de que habían sido objeto de un colosal engaño.

Al cabo de casi una hora de interminable sermón, Jason Britten anunció que iba a hacer una colecta.

—Para ayudar a la propagación de nuestra fe entre los que todavía no han sido iluminados por la gracia del Cosmos Divino — dijo pomposamente.

Del atril en el que tenía un libro, de donde según parecía había sacado muchas de las frases pronunciadas, cogió una bolsa de terciopelo rojo y, separando los cordones, descendió a los primeros bancos.

Los fieles depositaban su óbolo en la bolsa. Carroll se preguntó cuál sería el donativo correcto. Metió la mano en el bolsillo y, tanteando, sacó un billete de cinco dólares.

Britten llegó a él minutos más tarde y le tendió la bolsa, sujeta con las dos manos. Carroll emitió una sonrisa de circunstancias.

—No tengo más, reverendo...

—Mete la mano en la bolsa, con tu donativo, y nadie sabrá lo que puedes dar. Por ínfima que sea la cantidad de que te desprendas, el Cosmos Divino lo tendrá en cuenta y te lo agradecerá lo mismo que si entregases una inmensa fortuna —dijo Britten con dulce expresión—. Pero al sacar la mano hazlo con los dedos extendidos; algunos descreídos ofendieron a nuestra religión llevándose parte de lo que habían dado nuestros hermanos —añadió.

—Muy lógico, reverendo —contestó el joven.

El fondo de la bolsa estaba repleto de billetes. Había casi cincuenta personas y Carroll calculó que, salvo el suyo, habría muy pocos billetes menores de cincuenta dólares. «Dos mil, para salir de apuros hoy», pensó.

Enseñó la mano abierta y Britten hizo un plácido gesto de aquiescencia. Luego continuó su ruta de colecta.

Carroll se sintió sorprendido, porque creía que era el último en la capilla, por lo que se volvió, a tiempo de ver a Britten acercándose a un hombre sentado en el último banco.

El sujeto parecía sumido en profundas meditaciones, con un sombrero sobre el regazo y la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Hermano —dijo Britten.

Entonces el hombre, muy despacio, se puso en pie y alzó el sombrero con la mano izquierda. La expresión de Britten cambió de súbito.

En su redonda cara aparecieron la sorpresa y el terror. Carroll se quedó helado al ver un arma en las manos del sujeto.

Era un revólver, de cañón corto, prolongado con un tubo negro. El arma escupió tres leves chasquidos.

Tres redondos orificios aparecieron justamente en el centro del círculo blanco de la túnica. Britten, con el rostro deformado por la agonía, retrocedió algunos pasos.

La bolsa con el dinero se escapó de unos dedos que ya no tenían fuerza. El instinto hizo que Carroll se agazapara tras el banco, aunque sin perder de vista al asesino, un sujeto de rostro delgado, casi amarillento y ojos en los que brillaba una ferocidad indescriptible.

Era un asesino profesional, no cabía duda, porque no había

perdido la calma un solo instante. Cuando, casi antes de que nadie se diera cuenta de lo ocurrido, debido a que los disparos no habían hecho apenas ruido, se percató de que la bolsa yacía abandonada en el suelo, avanzó un par de pasos y, sonriendo muy satisfecho, la agarró por los cordones y se la llevó con pasmosa tranquilidad.

Carroll hubiera querido lanzarse sobre él, pero el revólver le inspiraba un sano temor y, aunque veía claramente que el asesino no quería usarlo más, era seguro que dispararía a matar si alguien trataba de impedirle la huida. Con toda tranquilidad y sin ser molestado en absoluto, el hombre dio media vuelta y se marchó.

A los pocos momentos se produjo el lógico alboroto.

Fue literalmente una estampida y Carroll se vio envuelto en ella, cosa que no le desagradó del todo, puesto que le evitaba tener que dar enojosas explicaciones a la policía sobre su presencia en aquel lugar. Lo mejor era ir a casa de Eva para cambiar impresiones con ella.

El operario terminó su trabajo y dirigió una sonrisa a la chica.

—Ya está, señorita —dijo, a la vez que le entregaba unas llaves—. ¿Quiere probarlo usted misma?

—Sí, muchas gracias.

El hombre empezó a recoger sus herramientas, mientras Eva hacía pruebas en las nuevas cerraduras. Cuando vio que todo funcionaba perfectamente, se volvió y entonces divisó el revólver que el operario tenía en las manos.

—Hemos puesto sistemas de seguridad, pero no le han servido de nada, Eva Doyle —dijo.

La joven sintió que se le paralizaba la respiración durante un momento. Luego, de súbito, recordó los consejos que le había dado Carroll la víspera.

—Así que ha venido a secuestrarme —sonrió, procurando armarse de tranquilidad. Pero pensó que resultaría mejor emplear métodos propios.

—¿Lo duda?

—Yo llamé al hipermercado, pero dudo mucho que usted sea empleado...

—El empleado auténtico me cedió su material y sus herramientas a cambio de una cierta suma de dinero. Y se fue contento, créame.

—No lo dudo, pero, dígame, ¿adónde piensa llevarme?

—Usted y yo saldremos juntos. No gritará ni hará ningún gesto sospechoso, ¿entendido? Si no...

Eva puso el codo derecho sobre la mano izquierda y apoyó el mentón en la derecha.

—Si no accedo a sus deseos, me matará.

—Téngalo por seguro, Eva.

—Pero entonces no podrían cobrar el rescate.

El sujeto parpadeó.

—Ella... Quiero decir, la señora Jackson, heredaría, como viuda que es de...

—Fue un matrimonio falso, celebrado por un impostor que se hacía pasar por clérigo. ¿Asistió usted como testigo a la ceremonia?

—Pues... sí, pero ¿qué diablos le importa eso ahora? ¡Ande, sea buena chica y salgamos a la calle sin armar escándalo! ¿Estamos?

—Puesto que no me va a matar, ¿por qué tengo que obedecerle?

—Puedo sacarla a golpes...

—¡Hombre de Dios! —le apostrofó ella—. ¿Se da cuenta de lo que está diciendo? Se organizaría un escándalo mayúsculo, saldrían los vecinos a ver qué sucede, acudirían los policías... No creo que eso le resultase positivo, se lo aseguro.

El hampón se acercó a la joven y puso el revólver en el centro de su pecho.

—¿Quiere salir o no? —Gruñó.

—Un momento —pidió ella, poseída por una extraña calma, que le hacía sentirse invulnerable ante las amenazas del falso cerrajero—. ¿Tiene usted permiso?

—Permiso, ¿de qué? —preguntó el hombre, atónito.

—Permiso de secuestro, naturalmente.

—¡No sea estúpida! ¿Acaso cree que he ido a la policía para asacar una licencia de secuestrador?

Eva alzó los ojos al cielo.

—¡Qué gente! —clamó—. ¡Vaya unos amigos que tiene Amelia Wahalee! ¿Es que esa mujer no sabe que, para un golpe de importancia, es preciso tener permiso de Jack *el Zar Negro*?

—¿Quién es ese hombre? —preguntó el hampón, totalmente desconcertado.

—El rey del hampa de la ciudad, estúpido —contestó Eva con

fingida violencia—. Usted roba una cartera en el autobús y no le pasará nada, pero si planea un asalto a un banco o a un transporte blindado o, como en mi caso, un secuestro para pedir un rescate de un millón de dólares, poner el plan en marcha sin que lo sepa Jack *el Zar Negro* es tanto como suicidarse. Jack tiene espías por todas partes y se enteraría antes de veinticuatro horas de quiénes eran los secuestradores, la víctima y la cantidad del rescate. Le aseguro que usted y los otros no vivirían otras veinticuatro horas más.

—La verdad, nunca había oído hablar de ese sujeto... —confesó el falso cerrajero, muy turbado.

—Pues le conviene enterarse de cómo están las cosas y, en cuanto tenga el permiso, venga a secuestrarme.

—Está bien, lo haré así...

El sujeto, en apariencia convencido, dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta. De repente, pareció darse cuenta de que algo no ocurría como era debido y giró sobre sus talones nuevamente.

—¡Maldita! —Gruñó—. ¡Me ha engañado!

Sin hacer el menor ruido, corriendo de puntillas, Eva había escapado hacia el interior del apartamento, aprovechándose del engaño. El sujeto corrió hacia la puerta que se veía al fondo de la sala y que daba a un dormitorio.

Eva se hallaba al otro lado, provista de un gran jarrón de cerámica. Apenas lo vio aparecer, descargó el golpe con todas sus fuerzas.

El jarrón se rompió en mil fragmentos y el falso cerrajero se desplomó fulminado. Eva, aprensiva, se inclinó sobre él y le examinó durante unos instantes.

—¿Lo habré matado? —dudó.

Pero pronto observó que la respiración del sujeto era bastante regular y se sintió más aliviada. Satisfecha del ardid utilizado, se apoderó del revólver del fracasado secuestrador y se irguió, en el momento en que sonaba el timbre de la puerta.

En los ojos de la joven brilló de pronto una luz de energía, de la que nunca se habría creído capaz hasta entonces. Armada con el revólver, cruzó la sala, abrió y levantó la mano.

—Si intenta algo, tiraré a matar —amenazó, antes de darse cuenta de que el visitante era conocido y de confianza.

Invadido por una enorme curiosidad, Carroll se inclinó sobre el caído y le registró, encontrándole un permiso de conducción a nombre de Ernest Cohen. Luego se volvió hacia la joven y la contempló con ojos inquisitivos.

—Cuénteme, por favor —pidió escuetamente.

Eva habló durante unos minutos. Cuando terminó. Carroll tenía los ojos muy abiertos.

—No me lo puedo creer —dijo—. Ese estúpido, ¿fue capaz de tragarse semejante fábula?

—Pues así fue, aunque le resulte extraño —respondió ella—. Lo que pasa es que, al final, se dio cuenta de que se trataba de un engaño y quiso resarcirse, pero yo ya me había escondido en el dormitorio y... Vance, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Tengo una idea —manifestó Carroll—. Este tipo, tarde o temprano, despertará. No quiero que me vea aquí, de modo que tendrá que enfrentarse con él de nuevo, aunque ahora con la ventaja de que usted tiene su pistola. Échele de la casa, pórtese duramente con él; dispare, incluso, un tiro al aire, si ve que se resiste, aunque no creo que sea necesario. Yo aguardaré afuera y le seguiré para ver a dónde se dirige y con quién se pone en contacto.

—Con Amelia Wahalee, naturalmente.

—Sí, pero es el caso que no sabemos dónde está ahora y Cohen puede llevarnos hasta ella.

—¿Qué hará entonces? ¿Hablará con esa mujer?

—Todo a su debido tiempo, Eva. Porque es que han ocurrido cosas que anuncian serias complicaciones en este asunto.

Eva se estremeció.

—No me asuste, Vance —rogó.

—El falso pastor que casó a Amelia con Jackson ha muerto asesinado hace una hora escasa y, como suele decirse, delante de mis narices.

—¡Dios mío! Eso es horrible. ¿Por qué le han matado?

—Lo ignoro. Sólo sé que fue un asesinato cometido en presencia de casi cincuenta testigos, lo cual no servirá de mucho, porque después cada uno dará una descripción diferente del criminal. Éste, por supuesto, es un profesional; no perdió los nervios en ningún momento y hasta tuvo la sangre fría de llevarse la colecta que el falso clérigo acababa de hacer entre sus fieles.

Eva, invadida por una súbita debilidad, se sentó en el borde de la cama.

—Esto es horrible —se lamentó—. Si yo no quería la herencia... Insistí ante Jackson una y otra vez que no lo deseaba..., pero él era un hombre muy obstinado... Dijo que yo sabría hacer buen uso de su fortuna.

—El caso es que ahora es la heredera, esa fortuna le pertenece y nadie puede disputársela. Excepto la hija de Jackson... si viviera.

—Tengo entendido que murió, Vance —dijo la joven.

—Fue dada por muerta legalmente, al cumplirse el plazo establecido por la ley.

—Pero nadie la ha visto muerta.

—No —convino Carroll—. Sin embargo, es raro que de haber estado viva no se haya presentado para reclamar lo que es suyo. La falsa viuda de Jackson no tiene ningún derecho a la herencia y usted debería ceder lo que realmente es de Bea Jackson.

—¿Se llamaba Bea?

—Beatrice Ernestine eran sus nombres. Tenía unos veinte años cuando abandonó la casa paterna, supongo que por desavenencias con su progenitor. Ya sabe, el conflicto generacional y todo eso.

—Comprendo.

Cohen empezó a moverse en aquel momento. Carroll señaló el revólver que Eva tenía todavía en la mano.

—Muéstrese enérgica y manténgase en todo momento separada cuatro o cinco pasos de él. Levante el gatillo, incluso para darle a entender que está dispuesta a todo. Quizá la amenace, diciendo que volverá o algo por el estilo, pero no le haga caso. ¿Ha comprendido?

—Sí, Vance.

—Bien, yo me marchó y aguardaré en la calle a que salga ese tipo. Luego ciérrese bien por dentro y no se mueva hasta que la llame por teléfono o venga yo en persona a buscarla.

—Váyase tranquilo, Vance —sonrió Eva.

CAPÍTULO V

Con paso inseguro y un pañuelo apoyado en la parte donde había recibido el golpe, Cohen salió de la casa y se metió en un coche de no muy buen aspecto. El automóvil necesitaba de una buena capa de pintura, amén de reparar algunos rasguños y abolladuras, pero, por lo visto, era algo que no preocupaba a su dueño, pensó Carroll al verlo accionar el contacto.

Cohen se alejó sin prisas y el joven le siguió de inmediato. Un poco más tarde, el hampón acometió la pendiente de una pequeña colina, rematada por una antigua casa, cuyo aspecto le recordó a Carroll el que tenían algunos edificios de películas de terror. Vio que Cohen se detenía ante la fachada principal y que ahora un tanto repuesto, se disponía a entrar en la casa, pero no cometió la imprudencia de quedarse frente a la entrada, sino que contorneó la loma, para detenerse al otro lado.

Bajó del coche. La loma era apenas un pequeño accidente topográfico que no tenía más de diez o doce metros de altura sobre el nivel de los terrenos circundantes. Abundaba la vegetación y, sobre todo en la parte posterior, los jardines se veían muy descuidados.

Actuando con precaución, subió por la pendiente hasta llegar a la fachada posterior. Luego, paso a paso, mirando constantemente a todos los lados para evitar sorpresas poco agradables, se deslizó por la fachada lateral, hasta llegar junto a una ventana a través de la cual salían voces destempladas.

—Es una mujer de mucho carácter —se defendía Cohen—. Simuló acobardarse y luego, en un descuido, me atizó con un jarrón en la cabeza. Perdí el conocimiento y, cuando lo recobré, ella ya tenía el revólver en su poder. Qué diablos podía hacer yo, ¿eh?

Carroll sonrió para sí. Naturalmente, Cohen no iba a relatar la historia auténtica. ¿Cómo decir a su interlocutor que Eva le había

exigido el «permiso para secuestrar»?

Avanzó un poco más y asomó un ojo. Al otro lado de la ventana, sentado en un butacón, con aire displicente, un vaso en una mano y un humeante cigarrillo en otra, había un hombre de unos cuarenta y cinco años y aspecto distinguido, que escuchaba con aparente desinterés las disculpas que Cohen hacía de su nada afortunada actuación.

Junto al sillón, en pie, había una mujer, de pelo estridentemente rubio, alta, de pecho exuberante y rotundas caderas, en cuyo rostro, ya de por sí duro y poco amistoso, se reflejaba una indignación a duras penas contenida.

Cohen estaba frente a ella. De súbito, la mujer movió la mano y la estrelló contra el rostro del sujeto, que a su lado parecía ridículamente pequeño. Cohen aulló, a la vez que daba un salto, y cayó sentado al suelo.

—Yo no me merecía una cosa así —se quejó—. Hice todo lo mejor que pude, señora Wahalee...

—Señora Jackson —puntualizó ella, colérica—. No lo olvides; soy la viuda de Jackson. ¿Está claro, especie de renacuajo con reuma?

El hombre levantó una mano.

—Cálmate, Amelia —pidió—. Es evidente que con procedimientos violentos no llegaremos a ninguna parte. Si queremos conseguir ese millón, hemos de ser más astutos que nadie.

—¿Sí? —gritó ella—. Y ¿qué diablos podemos hacer? ¿Pedirle con toda cortesía que nos firme un cheque?

—A veces resultas un poco dura de mollera, Amelia —contestó Viktor Avery—. Te dije desde el primer momento que llamasas a un clérigo auténtico, cuyo certificado resultase irreprochable desde el punto de vista legal. Pero no, tú te empeñaste en contratar a ese imbécil de Britten...

—¿Acaso no tenía facultades para celebrar matrimonios? Puede que la religión que se inventó fuese una farsa, pero ¿quién le prohibía legalmente autonombrarse pastor y firmar certificados de matrimonio?

—Sí, y cuando hubieras reclamado la herencia, como viuda de Jackson, hasta el abogado más idiota habría sacado a relucir el pasado de Britten, con un expediente lleno de estancias en la cárcel

por estafas y ninguna autoridad eclesiástica, de cualquier religión, que pudiera avalar su condición de clérigo.

—Viktor, un clérigo auténtico habría notado muy pronto que Jackson estaba drogado —objetó ella.

—O no —dudó Avery—. Pero en fin, eso ya está hecho y el secuestro para forzar a Eva a entregarnos el millón es lo que nos interesa. Y como los métodos violentos nos han fallado, utilizaremos otros procedimientos más persuasivos.

—¿Por ejemplo...?

—Chris Nequod *el Dandy*.

Amelia parpadeó.

—¿Nequod? ¿Qué has visto en ese sujeto, que no sabe más que lucir el tipo, para vivir a costa de las mujeres?

Avery sonrió maliciosamente.

—Es eso justamente lo que necesitamos, un tipo que la conquiste y que la lleve después al lugar que deseamos, para obligarla a firmar el cheque. ¿No lo has comprendido todavía?

—¿Y si luego quiere jugarnos una mala pasada? —dijo Amelia, recelosa.

—No lo hará —aseguró Avery.

—¿Cómo lo sabes, Viktor?

—Hace tres años Nequod tuvo un lío con una dama casada. Ella perdió la cabeza por él, de tal modo que acabó tragándose un frasco entero de pastillas para dormir.

—¿Y murió?

—Está más muerta que mi abuela, Amelia.

—Bien, pero un suicidio no podría hacerle ahora ningún daño...

—Las relaciones de Nequod con esa dama son un secreto todavía, pero yo tengo algunas cartas de las que se escribieron entre ellos. En la última, Chris le anunciaba su deseo de romper definitivamente las relaciones. Incluso cometió la imprudencia de, aunque veladamente, amenazarla si no le dejaba en paz. La policía podría creer ahora que Chris simuló el suicidio y... Me parece que he hablado bastante claro, Amelia.

La mujer suspiró.

—Está bien, haz lo que quieras. Contrata a Chris Nequod, pero nos pedirá dinero...

Avery soltó una risita.

—Lo hará gratis cuando le enseñe una fotocopia de la última carta.

—Eso costará tiempo, Viktor.

—Pero es más seguro que los otros métodos. Nequod no falla jamás, créeme.

—¿Tiene alguna virtud especial? —sonrió Amelia, burlona.

—Prefiero que no lo descubras por ti misma —de pronto Avery se volvió hacia Cohen—. Flipp, busca a Nequod y dile que venga a verme inmediatamente —ordenó.

«Flipp debe de ser un apodo del falso cerrajero», pensó Carroll, ya dispuesto a emprender la retirada.

La voz de Amelia sonó de nuevo:

—Habrá que tener preparado el dinero para Rudy. Le dimos sólo la mitad, pero vendrá a exigir el resto después de haber cumplido su palabra.

—Maldito Britten... —rezongó Avery—. Si no se hubiese mostrado tan obstinado... ¿No cobró ya lo acordado? Entonces ¿por qué diablos tenía que pedir más?

—Bueno, ya hemos evitado un riesgo —dijo Amelia—. Britten ya no nos volverá a molestar... Flipp, queremos a Chris hoy mismo —añadió.

—Sí, señora Jackson —contestó Cohen.

Carroll se dijo que ya era hora de desaparecer del lugar. Había oído lo suficiente y creía poder contrarrestar los proyectos de aquella pareja de desalmados, que no vacilaban en recurrir a los métodos más contundentes para lograr sus propósitos.

Al llegar a su casa, oyó el teléfono y se apresuró a levantarlo.

Era Eva:

—Vance, he recibido una llamada para usted. Un tal Boles.

—Ah, sí, lo conozco. ¿Le ha dicho algo?

—Quiere verle hoy mismo en el lugar de la última vez. A las ocho, aproximadamente.

Carroll suspiró. Estaba cansado, pero sabía que no podía desaprovechar la ocasión.

—Está bien, iré a verle —respondió.

—Supongo que las noticias serán interesantes —dijo Carroll un poco después de las ocho de la noche, mientras tomaba una copa en compañía del antiguo confidente de su amigo.

—Lo son, y le costarán cien dólares —respondió Boles sin pestañear.

—Si se refiere al asesinato de Britten...

—Es algo más importante, aunque también puedo decirle el nombre del tipo que se lo ha cargado. Por supuesto, es el mismo que mató al señor Fowler.

—¿Seguro? Allí, en la sierra, usó silenciador, cosa que ha sucedido hoy también en la capilla Haphristyna.

—Debía de saber que usted estaba allí y por eso no quiso hacer ruido. Hoy, indudablemente, le daba lo mismo, pero prefiere hacer honor a su apodo: *El Silencioso*.

—El nombre de pila... ¿es Rudy?

Boles pareció sorprenderse.

—Sí. ¿Cómo lo sabe usted?

Carroll sonrió.

—Yo también tengo mis fuentes de información. ¿Cuál es el apellido de El Silencioso?

—Ballinger. Y un consejo: tenga cuidado con él. No se cruce en su camino o lo matará con la misma indiferencia que mataría a un mosquito.

—Recordaré el consejo, gracias. Pero si mal no recuerdo, usted tenía que decirme algo más importante. ¿De qué se trata, Kerry?

—¿Ha oído hablar alguna vez de Dunn Larsen?

Carroll hizo un gesto negativo.

—No, nunca. ¿Quién es ese tipo?

—Le llaman El Gran Jefe, y lo es... de toda el hampa de la ciudad. Nadie mueve un dedo sin su permiso, ¿comprende?

En aquel instante, Carroll recordó el diálogo que Eva había sostenido con Cohen. La muchacha, sin saberlo, había aludido a un rey del hampa y ahora resultaba que era cierto.

—¿Qué tiene que ver Larsen con este asunto? —preguntó.

—No tengo una seguridad absoluta, pero juraría que está detrás de todo, incluso sin que alguno de ellos lo sepa, ¿comprende?

—Vamos, que tira de los hilos para que los otros se muevan a su antojo.

—Exactamente.

—Pero alguno sí estará en contacto con El Gran Jefe, a espaldas de sus compinches, por supuesto.

—Yo diría que es Avery, aunque tampoco puedo asegurarlo definitivamente. Pero que a Larsen le interesa este caso, eso sí es rotundamente cierto.

Carroll reflexionó un momento. En aquel día tan agitado había averiguado muchas cosas, pero todavía quedaban enigmas por descifrar. Y sobre todo, el secuestro de Eva era algo que seguía pendiente; los que habían ideado el plan no habían desistido de conseguir sus proyectos.

—Está bien —dijo al cabo—. Kerry, ¿puede hacerme un favor?

El Zorro le guiñó un ojo, a la vez que se frotaba el índice y el pulgar.

—Pagando, todo se consigue —sonrió.

—¿Le decía eso mismo a mi amigo Fowler?

—El señor Fowler no necesitaba que se le aconsejase sobre ese extremo; incluso teníamos establecidas tarifas...

—No siga, Kerry. Hoy le daré los cien dólares que me pidió antes. Cuando tenga todos los otros datos, podrá pasarme... su minuta de honorarios.

—Perfectamente. Hable, señor Carroll.

—Quiero una información completa, absolutamente detallada, de Larsen, de Avery y de Amelia Wahalee. Nada de palabra; por escrito y con el máximo de datos posibles. ¿Está claro?

—¿Algo más?

—Nombres de otras personas que puedan estar relacionadas con este asunto y... A propósito, ¿conoce usted a Chris Nequod, alias *el Dandy*?

Boles parpadeó, asombrado.

—¿Qué tiene que ver Nequod con este negocio? —preguntó.

—Eso es cosa mía. Sin embargo, parece que lo conoce.

Boles emitió una sonrisa indefinible.

—Es curioso que ese nombre salga a relucir ahora, después de diez años.

—No entiendo —dijo el joven, desconcertado.

—Hace diez años Chris anduvo con la hija de Jackson, Bea, creo que se llamaba. Es más, la chica abandonó la casa paterna para irse a vivir con ese tipo.

—¿Es cierto? —se asombró Carroll.

—Absolutamente cierto —contestó Boles con gran énfasis—. Lo

que pasó después no lo sé, aunque tengo entendido que se separaron. A ella la perdí el rastro, pero Chris ha continuado haciendo lo mismo con cuanta incauta se le pone a tiro.

—Es decir, conquistarla, sacarle el máximo de dinero y luego... «ahí te quedas, guapa», ¿eh?

—Exacto, eso es lo que hace para vivir.

Carroll se mordió el labio inferior con aire pensativo.

—Me gustaría hablar con Nequod —murmuró.

—Oh, eso es muy fácil. Vive en uno de los mejores áticos del Luxor Apartments. Su profesión da para eso y mucho más.

—Conozco el lugar —dijo el joven—. Otra cosa: Nequod tuvo que ver, hace años, con el suicidio de una dama. Averigüe lo que pueda sobre el asunto.

—Eso le va a costar un buen pico —manifestó Boles.

Pero Carroll estaba ya lanzado y, entre otras cosas, recordaba el canallesco asesinato de un buen amigo.

—El dinero no importa —respondió.

CAPÍTULO VI

—Por ahora, puede salir tranquilamente a la calle —dijo Carroll al día siguiente—. Nadie la molestará, excepto un tipo que se le acercará para tratar de conquistarla.

Eva alzó las cejas, sorprendida por aquella declaración.

—¿Quién es? —preguntó.

—Un donjuán profesional, cuya habilidad principal consiste en vivir a costa de las mujeres. Adineradas, por supuesto; no se va a molestar por una simple mecanógrafa o enfermera... a menos que esta resulte, como usted, una rica heredera.

—Ah, han decidido tomar otra vía para conseguir el millón de dólares —sonrió la joven—. ¿Cómo se llama el bello apolo?

—Chris Nequod y ya no debe de ser un adolescente, puesto que hace diez años sedujo nada menos que a Bea Jackson. De todos modos, hoy pienso ir a verle, porque me imagino tardará algo en ponerse en campaña.

—Es decir, yo debo dejarme seducir por sus encantos...

—Y cuando haya caído rendida en sus brazos, los otros se arrojarán encima y la obligarán a firmar el cheque por un millón de dólares.

—Muy bien, lo tendré en cuenta —dijo Eva, sonriendo deliciosamente—. ¿Algo más, Vance?

Carroll meneó la cabeza.

—Me siento preocupado. Usted se inventó ayer un zar del hampa, pero ese sujeto, aunque con otro nombre y otro apodo, existe en la realidad. Y según mis informes, es el que mueve secretamente todos los hilos de este caso.

Ella se puso la mano en el pecho.

—¿Está seguro, Vance?

—Moderadamente seguro, pero no me extrañaría que fuese así, como le digo. Con sinceridad, Amelia y Avery me parece, hasta

cierto punto, principiantes inexpertos. No tenían por qué recurrir a una falsa ceremonia, cuya impostura se podía descubrir con facilidad, ni recurrir a testigos comprados... Deberían haber empezado por el secuestro y, de haberlo hecho así, usted ya habría perdido el millón de dólares y ellos estarían disfrutando de esa suma en algún lugar del Caribe. En fin, las cosas están en esta situación, pero voy a tratar de arreglarlo, para que la dejen en paz definitivamente.

—Vance, ¿por qué hace usted todo esto? —preguntó Eva de sopetón.

—¿Eh? —dijo él, sorprendido—. ¿A qué se refiere?

—Bueno, está tratando de ayudarme; se gasta el dinero por mi causa..., incluso corre riesgos que no debería afrontar. ¿A qué se debe, Vance?

—Eva —contestó Carroll con cierto énfasis—, un buen amigo murió de una forma indecente. No puedo permitir que ese crimen quede impune.

—Ah —murmuró la joven, un tanto decepcionada—. Yo creí que...

—¿Qué había creído usted, Eva?

—No, nada, no se preocupe. ¿Dice que puedo salir sin temor a que me secuestren?

—A menos que se deje engatusar por El *Dandy*.

Ella sonrió de una forma especial.

—¿Quiere dejarlo de mi cuenta, Vance?

—Si lo hace tan bien como con Cohen...

Eva se echó a reír.

—Lo haré infinitamente mejor —aseguró.

Carroll se marchó de la casa, un tanto desconcertado por la extraña actitud de la muchacha. ¿Acaso creía Eva que sólo actuaba por ella?

—Y en parte así es, qué diablos —masculló—. Pero no se lo puedes decir, porque creería que te interesa su dinero, lo cual no es cierto.

Eva era una joven guapísima. Su atractivo personal era infinitamente superior al que pudiera concedérsele por su fortuna.

—Ojalá fuese pobre —dijo, un tanto disgustado.

Pero entonces, no la habría conocido y...

De pronto, al mirar por el retrovisor, le pareció que le seguían.

Era un coche de aspecto corriente, aunque mucho mejor cuidado que el de Cohen. Hizo unas cuantas maniobras y el conductor del otro vehículo las imitó puntualmente.

Larsen, en efecto, tenía mucho que ver con el asunto, pensó. Nadie sino un zar del hampa podía estar tan bien informado de lo que sucedía en la ciudad.

—En cuanto tenga los informes iré a verle —se prometió.

Durante un buen rato continuó moviéndose, sin rumbo fijo, seguido en todo momento por el desconocido. Al fin, Carroll decidió que había llegado el momento de hablar con el espía y obligarle a que le dijera cuáles eran sus intenciones.

Estaban ya fuera de la ciudad, en una zona comercial en crisis, con numerosos edificios cerrados o abandonados. Carroll eligió una calle desierta, bordeada de grandes almacenes que habían conocido mejores épocas.

De pronto vio un gran portón abierto y se metió allí sin vacilar. Paró el coche en seco, quitó la llave y saltó a la carrera, para esconderse detrás de un enorme cajón de madera, que había a media docena de pasos de la entrada.

El sol lucía con fuerza y alumbraba un gran trecho del interior. Carroll oyó el sonido de un coche que se detenía en el exterior y se puso en tensión, aguardando el momento del choque con el desconocido.

Podía ser aquel sujeto con aspecto de mono, con el que ya había tenido un encuentro. En tal caso debería actuar con el máximo de energía, dada su enorme fuerza física. Pero si era Cohen, el problema podía darse prácticamente por resuelto.

Una sombra se dibujó súbitamente en el trozo de suelo iluminado por el sol. Desde el lugar en que se hallaba, Carroll no le podía ver la cara, aunque sí le pareció notar algo extraño en su mano derecha.

—¿Un arma? —se preguntó.

El otro siguió avanzando paso a paso, con grandes precauciones, sin dejar de mirar a todos los lados. Súbitamente, Carroll se le arrojó encima, agarrándole con fuerza la muñeca derecha.

Los dos hombres se miraron desde muy cerca. Carroll, con enorme sorpresa, reconoció al asesino del falso clérigo.

—Ballinger —dijo a media voz.

El pistolero no habló. A Carroll le pareció que reservaba todas sus energías para desasirse de la presa que le impedía utilizar el revólver.

—Tú mataste a Fowler —dijo el joven.

En el rostro de Ballinger apareció durante un segundo una enorme expresión de sorpresa. Carroll adivinó lo que pensaba el asesino. «Se asombra de que lo haya identificado», se dijo.

Pero Ballinger, evidentemente, no era hombre habituado a la lucha cuerpo a cuerpo. Su especialidad era el revólver.

Carroll continuó haciendo presión. Con su mano derecha retorció la muñeca del pistolero, mientras los dedos de su mano izquierda se engarfiaban como tenazas en la parte posterior de su cuello. Lenta, pero irresistiblemente, el revólver fue volviéndose hacia su dueño.

En el último instante los ojos de Ballinger emitieron un chispazo de agonía.

—No, no... —jadeó el asesino, viéndose ante la inminencia de la muerte.

Pero Carroll se mostró implacable hasta el último momento. De pronto el arma escupió un débil chasquido.

Todo el cuerpo de Ballinger sufrió una terrible sacudida, al recibir el impacto de la bala. La misma sacudida, un fortísimo espasmo, provocó un segundo disparo.

Ballinger se desmadejó. De repente pareció un traje vacío de su contenido humano.

Carroll lo soltó y el pistolero se derrumbó sobre el suelo de cemento. Pateó un par de veces y luego se estiró en una absoluta inmovilidad.

Entonces Carroll se dio cuenta de que estaba sudando a chorros. Sacó un pañuelo y se limpió la cara.

—Vaya un trago... —murmuró.

No lamentaba en absoluto la muerte de Ballinger, pero era la primera vez que se veía en un trance semejante y, durante unos momentos, tuvo que apelar a toda su fuerza de voluntad para tranquilizar sus nervios. Luego miró a su alrededor.

Nadie se había percatado del suceso, pero en aquel almacén abandonado había un cadáver. Al fondo divisó cenizas, lo que

demostraba que en ocasiones algún vagabundo se recogía allí para pernoctar. Era muy posible que luego viniera gente.

De pronto recordó el gran cajón tras el cual se había escondido. Al levantarlo un poco, vio que estaba desfondado.

—Perfecto —dijo.

El cuerpo del pistolero quedó bajo el cajón, junto con el revólver. Tranquilamente, Carroll volvió a su coche, salió en marcha atrás y regresó al centro.

Había pensado en hacer una visita a Nequod, pero recordando que Eva se había mostrado decidida a permitir que el vividor intentase seducirla lo dejó para mejor ocasión. Además, quería aguardar a recibir los informes de Boles, sin contar que también tenía asuntos propios que atender, algunos de los cuales no admitían demora.

—Necesito trabajar un poco —se dijo.

Ahora se sentía extrañamente calmado. El asesino de su amigo había purgado el crimen.

—Pero falta saber la mano que le inspiró ese odioso asesinato —murmuró.

Las cosas parecían haberse calmado bastante, después de aquellos días de frenética actividad. De vez en cuando Carroll telefoneaba a Eva, para saber noticias de ella. La joven le contestaba, invariablemente, que todo marchaba muy bien.

—Lo tengo en el bote —dijo, casi una semana después.

—¿Se refiere a Nequod?

—Exactamente, Vance.

—¿Qué tal es el tipo?

—Alto, distinguido, con canas en las sienes... Unos cuarenta años, espléndidamente llevados... El tipo ideal de seductor que se ve en las películas, el hombre por el cual suspiran todas las mujeres de quince a setenta años.

—Y... ¿qué opina una chica de más o menos veinticuatro años y con un millón y medio de dólares en el Banco?

—Me divierto muchísimo, Vance.

—¿De veras? —se asombró Carroll.

—Si no supiera cuáles son las intenciones de Chris, no digo que no acabara cayendo en sus redes. Pero ahora estoy prevenida, ¿comprende?

—A pesar de todo, no se fíe. Una pregunta, por favor, Eva.

—Diga, Vance.

—Hace ya una semana, más o menos, que sale con Chris. ¿No... no ha ocurrido nada... además de las palabras?

—¿Por quién me ha tomado usted? —protestó ella—. ¡Yo soy una chica decente!

Carroll se echó a reír.

—Chris quiere que deje de serlo —respondió.

—Se quedará con un palmo de narices. Voy a hacer con él algo parecido a lo que hice con Cohen... metafóricamente, por supuesto.

—¿De veras? ¿Tiene algún plan?

—Vance, ¿ha oído hablar de

Ferdinand's?

—Sí. Es un restaurante... Bueno, con decir que cobran por respirar el aire...

—Ahí lo voy a llevar esta noche. Lo remataré.

—¿Cómo?

Al otro lado de la línea sonó una argentina carcajada.

—En esta semana se ha gastado ya conmigo unos cuantos miles —dijo la joven—. No hago más que pedirle cosas, joyas incluso, y él me compra prácticamente todo lo que se me antoja... A estas horas, le aseguro que su cuenta está en números rojos.

—¿Pretende arruinarle?

—Sólo quiero darle una lección que no olvidará en su vida, Vance.

—De acuerdo, pero tenga cuidado y... ¿Ha mencionado a Bea Jackson?

—No; hasta ahora, no.

—Déjelo de mi cuenta. Ya se lo mencionaré yo después de que usted le haya conducido a la pobreza.

—Cuando salgamos del

Ferdinand's,

tendrá que ir dentro de un barril vacío, como en los chistes —se despidió la muchacha.

Carroll meneó la cabeza. Era un juego un tanto arriesgado, pero merecía la pena.

Luego, de pronto recordó que había mencionado a Bea Jackson, la joven dada por muerta legalmente, y se preguntó cómo podía

haber dejado pasar por alto un extremo de tanta importancia: hablar con alguien que había conocido a la hija de Jackson y que podía darle detalles de ella mucho mejor que el hombre que la había seducido diez años antes.

Nancy Coleman era una agradable mujer de unos cincuenta años, que vivía en un modesto apartamento, situado en una zona discreta de la ciudad. Carroll la había anticipado su visita por teléfono y ella le recibió con cierta simpatía, no exenta sin embargo de una prudente prevención.

—Nunca había oído su nombre, señor Carroll —dijo, después de que le hiciera tomar asiento en una acogedora salita—. ¿Qué es lo que pretende de mí?

—Usted sirvió durante muchos años en casa del señor Jackson.

Nancy suspiró.

—Más de veinticinco. Tenía entonces la mitad de los que tengo ahora —contestó—. Mi marido, que en gloria esté, era jardinero y chófer, pero murió el año pasado y...

—Mis condolencias, señora Coleman —dijo el joven—. ¿Puedo hacerle algunas preguntas?

—¿Acerca de qué, señor Carroll?

—Bea Jackson.

El rostro de la mujer se entristeció.

—Una muchacha de todas prendas, pero que se dejó engañar por un miserable sin escrúpulos —contestó.

—¿Se refiere usted a Chris Nequod?

—¿Cómo lo sabe? —se sorprendió Nancy.

—Contésteme, se lo ruego —dijo Carroll, sonriendo.

—Bien, el caso es que aquel individuo, que ya tenía treinta años y que se las sabía todas, la engatusó de tal modo que la pobre Bea no veía, ni oía ni pensaba nada que él no viera, ni oyera ni pensara. Simplemente, era un monigote en sus manos.

—Y el señor Nequod, naturalmente, aspiraba a la fortuna de Jackson.

—¿Podía dudarse? Eso lo hubiera visto hasta un ciego, pero no la señorita Bea, que parecía idiotizada por aquel hombre. Cuando el señor Jackson se enteró del asunto, amenazó con desheredarla, pero ella respondió marchándose con su amante. Tengo entendido que se casaron, pero no puedo asegurarlo.

—¿Cree de veras que Bea se convirtió en la señora Nequod?

—Lo sospecho, pero no puedo asegurarlo. También yo dejé de verla, ¿comprende? Un día, sin embargo, nos dijeron que Chris y ella se habían casado, pero nunca pudimos confirmarlo con seguridad. De todos modos, el señor Jackson ya la había desheredado, así que su esposo no podría cobrar un céntimo de la herencia, caso de que Bea hubiese muerto.

—¿Murió, señora Coleman?

Nancy hizo un gesto ambiguo.

—Supimos de los dos hasta aproximadamente seis meses de la marcha de la señorita Bea. Luego dejamos de tener noticias de ella y desconocemos lo que le pudo ocurrir... aunque yo pienso que está muerta.

«Un asesinato cometido sin dejar pruebas comprometedoras, para convertirse en el heredero de la fortuna de Jackson. Pero algo falló y Nequod perdió esta partida, por lo que tuvo que volver de nuevo a su antigua forma de vivir», pensó Carroll.

Sonrió, mientras se ponía en pie.

—Ha sido usted muy amable, señora Coloman, y le estoy sumamente reconocido por todo lo que ha hecho en mi favor —se despidió.

CAPÍTULO VII

El

Ferdinand's,

efectivamente, era tal como lo había descrito Eva. Muebles carísimos, lujosa decoración, atildados y correctos camareros y una carta cuyos precios hicieron estremecer a Carroll al encargar su menú.

Eva y el donjuán estaban en una mesa cercana. Carroll gozaba de la ventaja que suponía que el que Nequod no le conociera; así podía observarle mejor.

La velada se desarrolló sin incidentes. Cuando ya finalizaba, Nequod, lógicamente, pidió la nota, que le trajo el camarero a los pocos instantes.

Nequod metió la mano en el interior de su chaqueta, para sacar la billetera y se puso pálido.

—¿Te ocurre algo, querido? —preguntó la joven melifluamente.

Nequod carraspeó.

—No, no... Nada...

Buscó en otros bolsillos, pero la billetera no aparecía, Carroll, simulando indiferencia, no se perdía una sílaba del diálogo.

—Eva... —dijo Nequod al cabo.

—¿Sí, querido?

—Me... me encuentro en un apuro... —tartamudeó el sujeto—. Tenía... Creía haber cogido la billetera al salir de casa..., pero mucho me temo habérmela olvidado...

—¿Significa eso que no tienes dinero para pagar la cena?

Nequod asintió, visiblemente incómodo.

—Así es, querida. Si tú tuvieses la amabilidad de prestarme... Mañana mismo te lo devolvería sin falta...

—¡Qué contrariedad! —exclamó Eva—. Yo tampoco tengo un céntimo encima. Puesto que me invitabas tú, pensé que no sería

necesario llevar dinero.

El rostro del donjuán se había congestionado.

—Me... me veo lavando platos una semana...

Eva se puso rígida.

—Los lavarás tú, no yo —exclamó—. ¡Qué desfachatez; invitarme a lavar platos en lugar de invitarme al teatro, como habías dicho en un principio! ¿Por quién me has tomado, Chris Nequod?

El *maître* se acercó en aquel momento.

—¿Algún problema, señorita?

Eva se había puesto ya en pie y señaló al desconcertado Nequod con majestuoso ademán.

—Éste... caballero, aunque no se merece el apelativo... Me trajo aquí invitada y ahora quería que yo le pagase la cena...

—Pero sólo quería que me prestases el dinero... —Nequod se volvió hacia el jefe de comedor—. Le aseguro que todo ha sido un error. Tengo solvencia, créame...

El *maître* hizo un gesto escéptico.

—Haga el favor de acompañarme, señor...

—Nequod, Chris Nequod —indicó Eva.

—Por favor, señor Nequod —insistió el *maître*.

—¿Me acompañas, Eva? —solicitó el donjuán, que parecía ahora un chiquillo desvalido.

Ella alzó la barbilla orgullosamente.

—Pretendías aprovecharte de mí, ¿eh? ¿Acaso me tomabas por tonta?

Agarró su bolso y, taconeando con paso firme, se encaminó hacia la salida.

Nequod intentó seguirla. El jefe de sala le retuvo por un brazo. Nequod intentó desasirse y le pegó un puñetazo. Acudieron varios camareros y, en pocos instantes, se generalizó un espantoso tumulto, en el que resultaron volcadas varias mesas y destrozados un montón de platos, copas y botellas. Finalmente acudió una patrulla de la policía.

Carroll, previsor, había abonado su cuenta mucho antes y, en cuanto vio salir a la joven, corrió tras ella. Eva le guiñó un ojo y agitó una mano para llamar a un taxi.

Los dos se comportaron con normalidad, mientras en el interior

del restaurante se producía la pelea entre Nequod y el personal de servido. Carroll pasó por delante de la muchacha.

—¿Te llevo a casa? —bisbiseó.

—En todo caso, sígueme, pero no subas. Creo que Cohen anda por ahí vigilando.

—Está bien. Si no ocurre nada, iré a verte por la mañana.

El taxi se detuvo y Eva se marchó en él. Carroll la siguió, sin observar nada ilógico. Cuando vio que ella había llegado a su casa con normalidad, viró en redondo y se fue a la suya, satisfecho en parte por lo que había visto, pero deseando tener explicaciones para comprenderlo todo.

Estaba afeitándose, a la mañana siguiente, cuando oyó que llamaban a la puerta.

Era Boles. El sujeto entró y siguió al joven hasta el cuarto de baño.

—Tengo los informes que me pidió —dijo, mientras Carroll reanudaba el afeitado.

—Interesante. ¿Se refieren a...?

—Larsen, Avery, Amelia Wahalee y un par de tipos más. Por cierto, uno de ellos está abajo, vigilando la casa.

—¿Quién?

—Warren, el tipo que parece un hombre de la Edad de Piedra.

—Ah, sí, ya tuve un encuentro con él. ¿Está solo?

—Sí, en un coche situado al otro lado de la acera. Es un mal bicho, créame.

—No sería peor que Ballinger, supongo.

Boles miró al joven con recelo.

—Lo encontraron muerto de dos balazos, en un almacén abandonado —dijo.

—Justo castigo a una vida de crímenes —contestó el joven sin pestañear. Empezó a secarse la cara—. ¿Cuál es su factura, Kerry?

—Mil pavos.

—No es usted barato —se quejó él.

—Lo soy. Otro le habría cobrado el triple por este trabajo.

—Y usted, claro, como me ha tomado simpatía, me rebaja el precio...

—Yo estimaba muchísimo al pobre señor Fowler. Es probable que me haya quedado sin una buena fuente de ingresos. No se

merecía morir de aquella forma tan miserable.

—Está bien. Le firmaré un cheque, Kerry; no llevo encima tanto dinero en efectivo.

—Su firma es pasta —rió el confidente.

Momentos después se disponía a abandonar la casa.

—No se olvide del mono que hay abajo —recomendó como despedida.

—No lo olvido un solo instante —respondió Carroll.

Con aire indiferente, Carroll cruzó la calle en línea recta, un poco más abajo del lugar donde se hallaba el hampón. Luego giró a su izquierda y se acercó al coche.

Warren leía un periódico con aparente indiferencia y espió los movimientos del joven a través del retrovisor. De súbito, Carroll abrió la portezuela trasera y se coló en el coche ante la sorpresa del sujeto, quien, durante unos segundos se sintió incapaz de reaccionar.

—Warren, tengo una pistola en la mano y el respaldo de su asiento no es blindado —dijo Carroll ominosamente—. ¿Entiende lo que esto significa?

Carroll tenía su brazo derecho tras el asiento delantero, de modo que Warren no podía saber si lo que el joven decía era cierto o no. Había perdido la iniciativa y se quedó quieto, con el periódico apoyado sobre el volante.

Con toda tranquilidad, Carroll pasó una mano por delante y quitó un pequeño revólver al hampón.

—Deja el diario a un lado y arranca —ordenó—. Ya te indicaré dónde debes pararte.

Rabiando interiormente, Warren se vio constreñido a obedecer la orden.

—No siempre va a poder salirse con la suya —dijo.

—Conduce y calla —contestó Carroll fríamente.

Warren hizo lo que se le decía. Durante largo rato ninguno de los dos cambió palabra, pero cuando el sujeto vio que abandonaban el casco urbano, quiso saber adónde se dirigían y protestó con cierta vehemencia.

—Vamos a dar un paseo —dijo Carroll, ceñudo.

—Oiga, yo no le he hecho a usted nada...

—Porque no se te ha presentado la ocasión, pero voy a dejarte

en condiciones de no molestar más a nadie, ¿entendido?

—¿Piensa matarme?

—¿No te lo mereces?

—Escuche, si me respeta la vida yo podría decirle algo interesante.

—¿De veras? ¿No será una argucia tuya para salvar el pellejo?

—No, no. Le juro que es cierto... No me mate y le diré que...

—¿Qué, Warren?

El hampón tragó saliva.

—El secuestro de la chica fue idea de Avery, pero sé que muy pronto va a quedar fuera de juego.

—¿Qué significa eso? —preguntó Carroll, intrigado.

—Simplemente, lo que acabo de decir. A él lo van a quitar de en medio...

—¿Liquidado?

—En cierta manera. Digamos más bien que lo van a despedir.

—¿Quién lo va a despedir?

—Larsen.

—Entiendo. El Gran Jefe quiere para sí el bocado de un millón de dólares, ¿verdad?

—Sí —admitió Warren.

—¿De dónde has sacado la información?

—Lo he oído, eso es todo.

—Vamos, vamos, suéltalo...

—Lo siento, no puedo decírselo. Creo que con eso tiene ya más que suficiente, señor Carroll.

El joven meditó unos segundos. De pronto, al ver que se hallaban en un lugar solitario, dio una orden:

—Para y apéate, con los brazos cruzados, no levantados.

Warren obedeció. Carroll se apeó al mismo tiempo. Estaban al borde de un talud herboso de unos quince o veinte metros de profundidad. De súbito, sin previo aviso, Carroll levantó el pie derecho y lo disparó contra el trasero del hampón.

Warren lanzó un aullido y rodó por la pendiente hasta el fondo. Sin preocuparse más del sujeto, Carroll volvió al coche, tomó el volante y emprendió el regreso a la ciudad.

Eva atisbo a través de la mirilla y lanzó una exclamación de alegría al reconocer a Carroll.

—Creí que no vendrías —dijo, después de abrir.

—He tenido trabajo —contestó él evasivamente—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, estupendamente. ¿Qué te pareció lo de anoche?

Carroll fue al aparador de los licores y se sirvió una copa.

—¿De veras crees que, como dijiste, has rematado al donjuán?

—¿Puedes dudarlo? Quería darle una lección, eso es todo. Le hice gastar miles de dólares...

—Sí, en joyas, flores y bombones. ¿Qué ha sido de todo eso?

—Las flores se han marchitado, me he comido los bombones y conservo las joyas. Debo admitir que se portó generosamente conmigo; al día siguiente de conocernos, ya me compró una sortija de dos mil quinientos dólares.

Carroll silbó.

—No le gusta perder el tiempo, ¿eh?

—Es un tipo rápido —dijo ella, riendo—. Pero al menos, esta vez, yo he sido más astuta que él.

—Es curioso. Lo vi todo de cerca y no comprendo cómo el tipo pudo haberse quedado sin dinero —dijo el joven.

Eva se echó a reír. Fue a una consola, abrió un cajón y sacó algo que enseñó con la mano en alto.

—La billetera del Casanova —dijo.

Los ojos de Carroll se abrieron desmesuradamente.

—¿Se la quitaste tú?

—Sí. Fue cuando vino a buscarme para ir a cenar. Me dejé abrazar un poco, nos besuqueamos... y él estaba tan entretenido que no se dio cuenta de que le desvalijaba. Tampoco advirtió que la billetera se quedaba aquí... pero eso no es lo más importante. Eva sacó un papel de la billetera y se la tendió al joven.

—Su saldo bancario —añadió—. Su cuenta está en números rojos. Todo lo que tenía se lo gastó conmigo.

—Diríase que sus asuntos no han ido demasiado bien en los últimos tiempos —comentó el joven.

—Eso parece...

Eva no pudo continuar. Alguien llamó a la puerta en aquel momento.

Carroll la miró inquisitivamente.

—¿Esperas a alguien? —preguntó.

Ella hizo un gesto negativo. Carroll dijo:

—Está bien, abre; yo me quedaré al otro lado de la puerta.

—Conforme.

Eva se acercó a la entrada y exploró el pasillo a través de la mirilla. De pronto, desconcertada, se volvió hacia el joven.

—Es Nequod —exclamó.

Carroll hizo un gesto con la cabeza.

—Abre, será interesante tener una conversación con ese tipo.

—De acuerdo.

Eva hizo girar la llave, tiró del pestillo y abrió la puerta. En el mismo instante un hombre se le echó encima, derribándola al suelo.

Carroll saltó hacia Nequod, agarrándolo por el cuello de la chaqueta, a fin de apartarlo de la joven. Pero de súbito se quedó petrificado, al ver el mango del cuchillo que asomaba por el centro de la espalda de Nequod, cuya inmovilidad era absoluta.

CAPÍTULO VIII

—Todavía no he llegado a entender quién, ni por qué mató a Nequod —dijo Carroll dos días más tarde, mientras se paseaba nerviosamente por la sala de su propio apartamento.

Eva, con una taza de café en la mano, le miraba ansiosamente. Por consejo del joven, ella se había trasladado a su apartamento, a fin de librarse por unos días de la curiosidad de los periodistas e incluso de los vecinos de su propia casa. Eva había aceptado la sugerencia y, aunque en el apartamento de Carroll se sentía mucho más tranquila, su estado de nerviosismo no había desaparecido todavía.

—Yo tampoco lo entiendo —dijo—. A no ser que lo matasen por haber fracasado conmigo, ¿no te parece?

—Pudiera ser, pero me parece bastante extraño. ¿Qué beneficio podían obtener con su muerte? ¿Tapar una boca comprometedora? ¿Qué habría podido decir Nequod, que pudiera perjudicarles a ellos?

—Entonces, opinas que los motivos de su muerte son otros y mucho más poderosos.

—No estoy en situación de asegurar nada, pero lo presiento. Y además, te diré otra cosa: esto es obra de Larsen.

—¿El Gran Jefe? —se extrañó Eva.

—Sí. Está, yo diría que ha estado desde el primer momento, detrás de tu secuestro. Algo hizo Nequod, algo muy peligroso para que Larsen ordenase su muerte, ejecutada por alguien con gran habilidad y hasta conocido de Nequod, diría yo.

—¿De veras crees que lo conocía?

—Eva, cuando tú lo viste a través de la mirilla ofrecía un aspecto normal, ¿no es así?

Ella hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Al menos, eso es lo que me pareció —repuso.

—Bien, pues en ese breve espacio de tiempo el asesino se le acercó por detrás y, sigilosamente, sorprendiéndole porque no esperaba una cosa semejante, le clavó el cuchillo en la espalda. Luego desapareció... La policía no pudo encontrar un solo testigo que lo hubiera visto, si lo recuerdas bien.

—Es cierto —convino ella—. Y creo que tienes razón; Nequod murió por algo más que su fracaso conmigo.

Hubo un instante de silencio. Luego Eva, pesarosamente, añadió:

—El caso es que, si no se pensaba en lo que era, Chris resultaba un sujeto simpático, atractivo, encantador, incluso... Claro que ello formaba parte de su *modus vivendi*. Los torpes y patosos no pueden ser nunca unos tipos seductores, ¿verdad?

Carroll sonrió.

—No lo sé. Yo nunca he intentado convertirme en un sujeto encantador y atractivo para las mujeres. Quizá es que más bien soy tímido y algo patoso, ¿no crees?

—Es posible, pero por si acaso tendré siempre una silla a mano —dijo Eva.

—¿Una silla? —se extrañó él.

—Sí, como los domadores de fieras: el látigo en una mano, la silla en otra...

—Ah, crees que te voy a atacar.

—Vance, tú eres de la clase de hombres que parece que nunca hayan roto un plato y dan la sensación de ser absolutamente inofensivos; pero cuando una se da cuenta ya ha perdido la cabeza y algo más. Por eso tendré siempre una silla a mano, ¿comprendes?

Carroll se echó a reír.

—Me sobreestimas, querida —dijo—. Aunque no deja de halagarme tu opinión sobre mí, si bien la considero inexacta.

—Por si acaso, estaré prevenida. Tú nunca tomarías a una mujer por la fuerza, lo sé; pero, como dije antes, cuando quisiera darme cuenta ya estaría perdida.

—¿Perdida o en el séptimo cielo?

Eva sonrió maliciosamente.

—Prefiero no contestar —dijo—. Y volviendo al tema que nos preocupa: ¿qué piensas hacer ahora?

—Por el momento no nos molesta la policía, ya que, aunque sabían que habíais cenado juntos la víspera, también se enteraron

del incidente en el
Ferdinand's

y comprendieron que una chica se sintiera ofendida al verse en ridículo. Quizá no piensen demasiado bien de ti, pero no creo que eso deba preocuparte demasiado.

—¿Por qué lo dices, Vance?

—Mujer, piensa un poco. Nadie se había enterado de la muerte de Nequod; lo sacamos al pasillo y fingimos ignorancia, hasta que una vecina curiosa se lo encontró al salir de su apartamento, con el escándalo consiguiente. Cuando llegó la policía, a ti te encontró en *negligée* y a mí en paños menores. Era el mejor medio para dar a entender que no nos habíamos enterado de nada.

—Sí, fue una buena idea, pero no se te ocurra llevarla a la práctica en la realidad —advirtió Eva.

—Eres dura conmigo —suspiró Carroll—. Bien, me voy a ver a Avery; debe de tener muchas cosas que contarme.

El joven se encaminó hacia la puerta.

—Puede que hayan cambiado de planes —agregó—. Por si acaso, no salgas de casa.

—Me voy a aburrir como una ostra —se quejó ella.

—Cuando vuelva, te traeré agujas y unas cuantas madejas de lana —rió Carroll.

Warren abrió la puerta y miró al visitante con ojos recelosos.

—¿Qué le trae por aquí? —preguntó.

—¿Le contaste a Avery lo que te pasó el otro día? —rió Carroll.

El hampón emitió un gruñido.

—Le dije que usted había conseguido despistarme... ¿Ha venido a verle?

Carroll asintió. Warren señaló con el pulgar a sus espaldas.

—Está allí —indicó.

—Gracias. Una pregunta, Warren. Por cierto, ¿cuál es tu nombre de pila?

—Brutus, pero todos me llaman Buck.

Carroll lo miró de pies a cabeza.

—El nombre te cuadra, desde luego —bajó la voz—. ¿Quién se cargó a Nequod? —inquirió.

Warren miró aprensivamente a derecha e izquierda. Luego, con apenas un hilo de voz, respondió:

—Tuvo que ser Ross Ewill *el Serpiente*. Sólo trabaja para Larsen y es terriblemente eficaz. Parece un hombre insignificante, pero sería capaz de clavarle a usted un cuchillo, en medio de una multitud, sin que nadie lo advirtiese.

—¿Dónde puedo encontrarlo, Buck?

Warren abrió los ojos, sorprendido.

—¿Quiere ver a ese tipo? —preguntó.

—Me interesa —respondió el joven, lacónico.

—Está bien, allá usted. Vaya al Gifford, a partir de las diez de la noche. Rara vez deja de acudir.

Carroll sonrió.

—Espero que no me tengas en cuenta lo del otro día; no fue nada personal —dijo.

Warren hizo una mueca.

—Algún día, quizá, me tome el desquite. Pero pase; Avery debe de estar aguardándolo ya.

—Gracias, Buck.

Carroll cruzó el amplio vestíbulo de la casa construida a finales del siglo pasado y abrió sin llamar a la puerta señalada por Warren. El hombre que estaba sentado ante una mesa, con lo que parecía un libro de cuentas en las manos, levantó la vista y le contempló con curiosidad.

—El señor Carroll, supongo —dijo Avery, sin alzar el tono de su voz.

—A su disposición, señor Avery —contestó el joven—. ¿Puedo sentarme?

Avery hizo un cortés ademán.

—Por favor...

El joven se arrellanó en un sillón. Cruzó las piernas y estudió detenidamente el rostro de su anfitrión.

—Señor Avery, usted, en unión de otras personas, ha estado intentando secuestrar a Eva Doyle para obtener un millón de dólares por su rescate —dijo calmamente.

—¿Debo admitirlo o, más bien, considerarlo una calumnia? —sonrió Avery.

—Puede usted considerarlo como más le guste y formular los comentarios que sean de su agrado —respondió Carroll sin inmutarse—. El hecho irrefutable es que ustedes han tratado de

secuestrar a la señorita Doyle, para pedir un millón de dólares por su rescate. Primero lo intentó Warren; después Cohen, bajo la apariencia de un falso cerrajero, y, por último, habiendo fallado los métodos duros, recurrió a los servicios de Chris Nequod, el hombre del que se decía conquistaba con facilidad a toda mujer que se le pusiera a tiro.

»Fracasaron todos sus esfuerzos, y ello es debido a un imaginario matrimonio, celebrado por un pastor no menos falso, que fue asesinado hace pocos días, como el señor Nequod lo fue anteayer. Ignoro de quién fue la idea de conseguir una buena parte de la fortuna del difunto señor Jackson, pero sea quien sea, no es un tipo que se distinga precisamente por su brillante imaginación.

Carroll recitó aquella especie de acta de acusación de una sola tirada, sin que el otro le interrumpiera ni un instante. Mientras él hablaba, Avery encendió un grueso cigarro.

—Y todo eso, señor Carroll, ¿por qué viene a contármelo a mí? —preguntó cuando el joven hubo terminado de hablar.

—Sería mejor, yo diría que beneficioso para ambos, que nos dejásemos de fingimientos y que, admitiendo las cosas tal como son, hablásemos con toda franqueza. Porque, por mucho que lo niegue, todo lo que he dicho es rigurosamente cierto.

—Voy a admitirlo —dijo Avery—. Pero no lo haría delante de testigos, por supuesto.

—Desde luego, porque, aunque yo formulase alguna acusación contra usted, sin pruebas no podría hacer nada.

—Y se expondría a una demanda por calumnia y difamación.

—Pero usted sabe que es verdad todo lo que le he dicho.

—Lo admitiré sólo privadamente. Y ahora dígame, ¿qué quiere usted?

Carroll se inclinó hacia adelante.

—Déjenla en paz —dijo—. Ella heredó legítimamente.

—Pero ¿qué interés tiene usted en este asunto? —preguntó Avery, un tanto desconcertado—. ¿Por qué se preocupa de algo que, pienso yo, no le concierne en absoluto?

—Se lo diré con toda claridad. La señorita Doyle pensaba requerir los servicios de un detective privado, Jeb Fowler, para protección. Fowler fue asesinado y era uno de mis mejores amigos. Si supiera con certeza que usted tuvo algo que ver con su muerte, si

supiera que contrató al asesino profesional que disparó contra mi amigo... —Carroll hizo una ligera inspiración, más para aumentar el efecto dramático de sus palabras que para tomar aire y agregó—: Créame, sería capaz de venir aquí y retorcerle el cuello con mis propias manos.

—Estoy bien protegido —alegó Avery.

—Si su protección consiste en esos dos estúpidos que se llaman Warren y Cohen, y si tiene otros enemigos, además de mí, entonces, con franqueza, no doy un penique por su vida.

Avery dio un salto en su asiento.

—¿Me está amenazando? —gritó.

El joven se puso en pie.

—Más que cuidarse de mí, debería cuidarse de otras personas —respondió—. Por ejemplo, el que ordenó el asesinato de Nequod. ¿Contrató usted al asesino?

—¡Diablos, no! —gritó Avery—. Ni siquiera sé por qué lo mataron...

—Eso es lo que me gustaría también saber a mí —dijo Carroll pensativamente—. Pero le aconsejo tenga en cuenta una cosa: usted cree dirigir las «operaciones» contra Eva Doyle y no es, en realidad, más que un monigote del que otros tiran de los hilos para que se mueva a su antojo. ¿Ha oído hablar alguna vez de Dunn Larsen alias *el Gran Jefe*?

La frente de Avery se cubrió inmediatamente de gotas de sudor. Carroll comprendió que el sujeto no sólo había odio hablar de Larsen, sino que lo temía.

—Será mejor que se marche —dijo Avery roncamente.

—Es lo que iba a hacer —sonrió Carroll.

En el vestíbulo se encontró con Warren.

—Cuida mucho de tu jefe —le recomendó—. La cabeza le huele a pólvora.

Ostentosamente, Warren enseñó una enorme pistola que llevaba bajo la chaqueta.

—El que quiera hacerle daño tendrá que vérselas conmigo —fanfarroneó.

—¿Le serviría eso de algo si su atacante fuese Ross Ewill?

Warren se quedó con la boca abierta. Antes de que hubiera encontrado la respuesta apropiada, Carroll había salido ya de la

casa y se disponía a subir a su coche.

Amelia Wahalee llegaba en aquel momento en el suyo y se apeó a pocos pasos de Carroll, al que miró con curiosidad. El joven apreció que Amelia era una mujer con cierto atractivo, una especie de magnetismo que no se debía exclusivamente solo a su sexo.

«Una mujer autoritaria, enérgica, capaz de arrollarlo todo para conseguir sus propósitos, incluso con errores», calificó mentalmente.

Amelia se le acercó en dos zancadas.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? —preguntó.

—Me llamo Carroll, señora Wahalee, no señora Jackson, y represento los intereses de la legítima heredera del difunto Phineas K. Jackson. Acabo de sostener una interesante conversación con su socio y amigo, el señor Avery, a quien he aconsejado dejen en paz a mi cliente. ¿Algo más?

Amelia inclinó hacia adelante el poderoso busto.

—Ella heredó una gran fortuna. ¿No será esto lo que atrae su interés, más que la propia señorita Doyle?

—Mi cliente, señora Wahalee, es una joven bellísima, dotada por la naturaleza de toda suerte de gracias. Esto aparte, y como acaba de decir, posee una gran fortuna. ¿No le parecen circunstancias suficientes para atraer la atención de un hombre?

—Así pues, lo admite —dijo Amelia, sorprendida.

—¿Por qué negar la evidencia? ¿No es lo mismo que intentó el desafortunado señor Nequod? ¿Qué mayores derechos poseía él que yo para aspirar a esa magnífica recompensa? Una mujer hermosa, dinero en abundancia... ¿Se puede pedir más?

Amelia parecía estupefacta. Carroll, sin dejar de sonreír, accionó el contacto y puso en marcha el motor.

—Y a propósito, señora Wahalee, ¿viene usted ahora de recibir instrucciones de un tipo a quien también le interesa la fortuna de Eva Doyle? Me refiero a Dunn Larsen, naturalmente —agregó.

Ella se había quedado sin aliento. Carroll pisó suavemente el acelerador y enfiló el camino que conducía a la avenida situada al final de la propiedad.

CAPÍTULO IX

—El único punto incomprensible, a mi entender, es el asesinato de Nequod —dijo Carroll más tarde, mientras tomaba café en compañía de su huésped.

—¿Qué te hace suponer que ese crimen no tiene alguna causa? Normalmente, no se mata a una persona sin un motivo. Claro que llamar normal un asesinato...

—Tú te referías a crímenes que podríamos llamar vulgares, pero la muerte de Nequod no lo es, y más si se piensa que fue ejecutada por un asesino profesional.

—Un tipo llamado El Serpiente —dijo ella muy pensativa.

—Sí, su especialidad es el cuchillo; mejor dicho, un estilete muy afilado, con el que liquida a sus víctimas antes de que nadie pueda percatarse de lo ocurrido.

—En esta ocasión, parece que no lo hizo tan bien como de costumbre. Nadie lo vio, es cierto, pero se dejó el cuchillo clavado en el cuerpo de la víctima.

—El informe del forense dice que la hoja atravesó una costilla, pero se quedó sujeta por el propio hueso. Ewell, indudablemente, tiro, el arma no salía y, para no perder más tiempo, echó a correr, abandonándola en el cuerpo de Nequod.

—Para romper un hueso tuvo que golpear fuerte...

—Un golpe seco, muy preciso. El cuchillo era alargado y muy afilado.

Eva se estremeció.

—Vance, estamos hablando con toda frialdad de cosas espantosas —se lamentó—. ¿No tenemos otro tema mejor de conversación?

—Hasta que esto concluya, no, por desgracia no lo tendremos. Y yo lo que querría es saber por qué tuvo que morir Nequod.

—¿Le consideraron un fracasado, como a los otros?

—Warren y Cohen fracasaron y siguen vivos. El clérigo murió porque, según parece, quiso sacar más tajada de la que había conseguido en un principio.

—Entonces, ¿por qué lo mataron?

Carroll no pudo contestar. El teléfono sonó en aquel momento.

Levantó el aparato.

—Carroll —dijo.

—Soy Boles. Tengo una noticia muy importante para usted, pero le costará mil dólares.

—¡Mil dólares! —se escandalizó el joven.

Eva se le acercó, mirándole inquisitivamente.

—¿Qué sucede, Vance? —preguntó.

—Es que me piden... Aguarde un momento, Kerry —Carroll tapó el micrófono con la mano—. Es mi informador. Dice que tiene una noticia muy importante y que me costará mil dólares...

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Es hora de que yo corra con los gastos —dijo—. Adelante, prométele que le pagarás.

—Muy bien —Carroll destapó el teléfono—. Kerry, conforme, pero confío en que no me engañe.

—Siempre he sido sincero con usted, creo que tiene pruebas de ello —se defendió el confidente.

—Vamos, suéltelo ya, por favor.

—¿Le gustaría hablar con la viuda de Nequod?

Carroll casi dio un salto.

—¿Ha dicho la viuda de Nequod?

—Sí, exactamente. Oiga, tráigame la pasta al lugar de costumbre y le daré el nombre y la dirección, ¿entendido?

—De acuerdo.

Carroll se volvió instantes después hacia la muchacha.

—¿Has oído, Eva?

Ella estaba ya sentada ante una mesa, con el talonario de cheques abierto.

—No llevo bastante efectivo...

—Boles admite cheques. Cualquiera día admitirá también tarjetas de crédito —dijo sarcásticamente.

Eva terminó de rellenar el cheque, lo arrancó y después lo agitó unos instantes en el aire.

—Con una condición: voy a ir contigo —dijo.

Carroll estudió la expresión del rostro de la joven y vio que había tomado una decisión irrevocable.

—No hay objeción —sonrió.

Poco después de las nueve de la noche llamaban a la puerta de un apartamento situado en un modesto edificio de viviendas. El nombre facilitado por Boles era Nellie Dunbar, pese a lo cual, el confidente juraba y perjuraba que era la viuda de Nequod. Quien se lo había dicho tenía la absoluta seguridad de que se trataba de una información absolutamente cierta.

La puerta se abrió momentos después. Una mujer de unos treinta y cinco años, que habría resultado muy atractiva si se hubiese cuidado un poco más, le miró con curiosidad.

—¿Qué desean? —preguntó.

—¿Es usted Nellie Dunbar?

—Sí, en efecto...

—Señora, me llamo Vance Carroll y soy abogado. Ella es la señorita Eva Doyle, mi cliente —dijo el joven—. ¿Podemos hablar con usted?

—¿Qué es lo que quieren? —inquirió Nellie, recelosa.

Desde la puerta, Carroll estudió unos instantes el interior del apartamento. Nellie, evidentemente, no nadaba en la riqueza.

Había ido prevenido, de acuerdo con Eva, y enseñó un billete de cincuenta dólares.

—No es un soborno, sino una gratificación —advirtió.

—Conforme, entren.

Nellie iba en zapatillas.

—Trabajo en unos grandes almacenes. Cuando llego a casa, no sé si tengo pies o corcho —dijo, con aire resignado—. Pero, siéntense, por favor; lamento no tener nada que ofrecerles...

—No se preocupe, señora Nequod.

Nellie iba a encender un cigarrillo y se volvió bruscamente hacia el joven.

—¿Qué ha dicho, señor Carroll?

—He pronunciado el nombre de su difunto esposo, señora Nequod —contestó el joven, sin inmutarse.

—Ah, aquel miserable... Al fin alguien le dio su merecido. Tenía que acabar así; no era posible vivir eternamente vendiendo los

encantos físicos a las mujeres, a cambio, como es lógico, de mucho dinero.

—¿También usted los compró, señora Nequod?

—Hace unos siete años yo recibí una herencia de una anciana tía, unos sesenta mil dólares. No sé cómo lo supo él, pero acabó volviéndome loca, de tal modo que cuando quise darme cuenta ya me había desplumado. Cierto, nos habíamos casado y yo le dije que no consentiría en que continuase aquella clase de vida, porque no le concedería el divorcio. Él se echó a reír, se burló de mí todo lo que quiso y luego dijo que nuestra boda no era válida, porque ya estaba casado. Incluso me enseñó el certificado de matrimonio, aunque no llegué a leer el nombre de la anterior esposa.

—¿Y no le denunció usted por bigamia? —se extrañó Eva—. Podía haberle enviado una temporada a la cárcel...

—¿De qué me habría servido? —contestó Nellie amargamente—. No habría obtenido nada, ni siquiera una indemnización, sólo el escándalo... y yo todavía confiaba en hacerle volver a mi lado. Estaba equivocada por completo.

—Lamento lo ocurrido, señora Nequod.

—No, no me llame así. Puesto que él estaba ya casado, el apellido no me pertenece. Si quiso casarme conmigo fue porque así podía disponer de mi dinero, ya que cometí la tontería de colocarlo en una cuenta conjunta. Cuando me percaté de ello, la cuenta estaba casi en números rojos. Dijo que los negocios no le habían ido bien... Excusas, ¿comprenden?

—De modo que Nequod estaba ya casado y usted no pudo leer el nombre de su esposa. ¿No sería un certificado falso?

Nellie se encogió de hombros.

—A mí me pareció verdadero —respondió—. La verdad es que, en aquellos momentos, el nombre de la otra me importaba muy poco.

—Sí, es lógico —convino el joven. Sacó otro billete y lo dejó discretamente encima de una mesita—. Le agradecemos infinitamente su cooperación, señora Dunbar.

Ella sonrió con tristeza.

—Todavía sigo siendo soltera —aspiró el huno del cigarrillo con fuerza y luego lo aplastó contra un cenicero—. Esperen un momento, voy a darles un dato que quizá les interese. Hace algunos

meses fui a visitar a una amiga que está en la cárcel de mujeres de Corona. Cometió un robo y la encerraron por un par de años... Bueno, eso no importa ahora; el caso es que me encontré allí con Nequod... Me extrañó muchísimo, porque sé que él no iría a visitar a una reclusa sin poderosos motivos, pero él no quiso decirme con quien se había entrevistado... Aunque, con sinceridad, tampoco yo se lo pregunté ni me interesaba... Al verle, volví la cara al otro lado...

—Eso puede resultar interesante —dijo Carroll—. ¿Recuerda usted la fecha, señorita Dunbar?

Nellie no contestó. Estaba junto a una ventana, mirando hacia la calle, con la cortinilla ligeramente apartada con una mano.

—Señorita Dunbar —insistió él.

Nellie se volvió.

—La fecha de mi visita a Corona... Ah, sí, fue poco después de Pascua... el tres de abril de este mismo año, claro.

—Muchas gracias. ¿Eva?

La joven se puso en pie. Carroll y ella se dispusieron a salir, pero Nellie les llamó la atención desde la ventana.

—¿Han venido solos o les acompaña alguien más? —preguntó.

—No, hemos venido solos —respondió Carroll, muy sorprendido—. ¿Por qué lo dice?

—He visto a un tipo merodeando en torno a su coche. No parece un ladronzuelo vulgar... ya hace rato que anda por ahí, incluso antes de que ustedes llegaran. Pensé que sería algún conocido suyo, que se les había anticipado...

Carroll se acercó a la ventana en un par de zancadas y miró hacia la calle con discreción. Nellie le señaló al sujeto, ahora apenas visible al hallarse guarecido en el quicio de una puerta, a pocos pasos de su coche, situado junto al borde de la acera opuesta.

—No, no es conocido nuestro ni ha venido con nosotros —dijo al cabo de unos momentos—. Gracias por todo, señorita Dunbar. Vámonos, Eva.

Mientras bajaban a la calle, Carroll dio a la muchacha instrucciones muy precisas. Eva, aunque se sentía sumamente aprensiva, le prometió atenderlas con toda exactitud.

Salieron de la casa y cruzaron la calle en dirección al coche. La portezuela del lado de Eva estaba junto a la acera y él se apresuró a

abrirlo. La joven se sentó, mientras Carroll se disponía a dar la vuelta por delante del automóvil para situarse en su puesto.

En el mismo instante oyó rumor de pasos precipitados y se volvió, justo a tiempo de ver al hombre que se le arrojaba encima, con un puñal en alto.

El acero relampagueó un instante, al reflejar la luz de un farol cercano. Eva se tapó la boca para no gritar.

Carroll elevó las dos manos y aferró con fuerza la muñeca y el antebrazo de su atacante. En el rostro de Ewill, ojos claros y piel incolora, apareció una repentina expresión de sorpresa.

Carroll no le dejó recuperarse. Apenas había asido el brazo del asesino, ejecutó un rapidísimo movimiento de torsión.

El puñal giró en sentido diametralmente opuesto. Carroll empujó hacia adelante con toda la potencia de sus músculos. Cuando estuvo seguro de que ya no podía fallar, agarró a Ewill por el cuello y lo atrajo hacia sí.

El cuchillo se hundió en la carne con facilidad que sorprendió al joven. Los ojos de Ewill voltearon agónicamente en sus órbitas.

El asesino abrió la boca, pero no podía gritar.

—Al infierno —dijo Carroll en voz baja, mientras sentía el desfallecimiento de su adversario.

Ewill se desmadejó al fin. Carroll lo agarró por debajo de los brazos y lo arrastró sin ruido hasta un callejón cercano.

Luego regresó de vuelta al coche, caminando sin prisas, con aire enteramente natural.

—Asunto liquidado —dijo, ceñudo—. Un canalla menos en este mundo.

Eva le enseñó las manos.

—Me tiemblan, Vance —confesó.

—Cuando lleguemos a casa nos tomaremos un buen trago.

—Sí, lo necesitamos.

Nadie parecía haberse dado cuenta del incidente. Más tarde, pensó Carroll, algún borracho, o un mendigo que hurgase en las basuras, se encontraría el cadáver de El Serpiente.

—Ese reptil ya no morderá más —dijo, al cabo de unos momentos.

—Vance, ¿cómo pudiste tener tanta sangre fría? —se admiró ella.

—Primero, estaba advertido. Segundo, él no esperaba otra cosa que una víctima incapaz de reaccionar, como le pasó a Nequod. Y tercero, era más fuerte que él y hubo un tiempo en que practiqué la defensa personal.

—¿Un gimnasio?

—No, en el ejército.

—Pero de eso hace ya mucho tiempo, supongo...

—Sí, pero el único deporte que Ewill había practicado era el de empujar el codo y utilizar su cuchillo.

—Eso se ha acabado ya —suspiró Eva.

—Larsen se llevará un buen disgusto cuando lo sepa, no te quepa la menor duda.

—Estoy segura de ello, Vance. Dime, ¿crees interesante la fecha de la visita de Nequod a la cárcel de mujeres de Corona? —preguntó ella súbitamente.

—Puede ser una pista, pero por el libro de visitas de la cárcel conoceremos el nombre de la mujer con la cual se entrevistó.

—¿Su... primera esposa?

—Es posible.

—Vance, me gustaría saber dónde está el certificado de matrimonio que un día vio Nellie Dunbar en manos del que creía su esposo legítimo —dijo la muchacha.

—Lo buscaremos —prometió él.

—Quizá sea una buena pista...

—Casi estoy por afirmar que es la clave de este asunto —contestó Carroll, plenamente convencido de lo que decía.

CAPÍTULO X

Carroll pasó buena parte de la mañana intentando dar con Boles, al que, por fin, consiguió encontrar casi cerca del mediodía.

—He estado trabajando —se excusó El Zorro, cuando Carroll le hizo un velado reproche acerca de lo costosa que había sido la búsqueda.

—Está bien, me imagino que no trabaja sólo para mí...

—Me moriría de hambre —dijo Boles sarcásticamente.

—Oiga, usted es un tipo que sabe conseguir lo que le piden... sus clientes. ¿Por qué no solicita empleo fijo en la agencia de Fowler? Quieren que continúe el negocio y usted, quizá...

Boles se echó a reír.

—No, gracias —rechazó la proposición—. Tendría que sujetarme a unas normas y, sobre todo, pagar impuestos. ¡Horrible! ¿No le parece?

—Son puntos de vista —sonrió Carroll—. Bien, el caso es que el teléfono de Nequod no consta en la guía y, como se puede imaginar fácilmente, no voy a pedir su dirección a Avery.

—¡Pero Nequod está muerto!

—¿Cree que no lo sé? Lo que quiero es echar un vistazo a su apartamento.

—¿Busca algo?

—Perdone que no se lo diga. Bien, ¿quiere darme la dirección? Ah, ya entiendo. Eso me costará... ¿Cuánto, Kerry?

Boles hizo un gesto magnánimo.

—Se lo diré gratis. Por tan poca cosa no merece la pena sangrar a un buen amigo —dijo.

—¿Sabe? Más que amigo suyo, empiezo a pensar que soy la víctima del conde Drácula. Naturalmente, usted es el conde —repuso el joven irónicamente.

—Sólo se viven dos días —filosofó el sujeto—. Bien, allá va:

Golden Garden Houses, en la avenida Victory. El conserje, sin duda, le indicará el apartamento.

—Gracias, Kerry.

Estaban en un bar, en el que habían tomado sendas cervezas. Cuando el joven se disponía a salir. Boles le hizo una advertencia:

—Cuidado, veo fuera a dos de los gorilas de Larsen.

Carroll se puso rígido. Miró a través de la ventana y divisó a dos corpulentos individuos, vestidos de forma casi idéntica, situados junto a un enorme coche negro.

—Le buscan a usted —añadió el confidente.

Carroll no se inmutó. Reflexionó unos segundos y luego, volviéndose hacia el barman, le pidió dos botellas.

—No hace falta que sean de lo bueno —añadió.

El mozo le entregó el pedido, que él pagó puntualmente. Luego, con una botella en cada mano, Carroll se volvió hacia Boles y sonrió.

—En plena calle, dos botellas en sendos cráneos arman mucho ruido y permiten escapar con facilidad —dijo—. ¿No me ayuda usted, Kerry?

—Mi virtud principal es la neutralidad —respondió Boles—. Pero puesto que parece que se va a la guerra, ¿por qué no se arrodilla para que yo pueda darle mi bendición?

—No estaría mal, amigo.

—Le deseo toda la suerte del mundo, hermano Carroll.

El joven avanzó hacia la puerta, abrió y salió a la calle. Inmediatamente, los dos sujetos se situaron frente a él.

Uno de ellos dijo:

—No es necesario que organice un jaleo. Le aconsejo que mire hacia el coche, señor Carroll.

La portezuela trasera del vehículo se abrió en aquel momento. Carroll, enormemente asombrado, vio a Eva sentada en el asiento posterior, con una expresión resignada en su rostro.

Ante su asombro, uno de los esbirros le quitó las botellas suavemente, sin que él hiciera el menor gesto para resistirse.

Luego, casi como en sueños, oyó la explicación de lo que sucedía:

—No teman, no se les va a hacer el menor daño. Simplemente, el señor Larsen quiere hablar con ustedes y nos ha enviado a

rogarles que acudan a su llamada.

El despacho en que les recibió Larsen era enorme, con el suelo cubierto por costosas alfombras y las paredes cubiertas de paneles de madera oscura, con algunos cuadros que parecían de valor.

Detrás de una lujosa mesa, Larsen, con un batín corto de seda y pañuelo blanco, les recibió con la mejor de sus sonrisas. Era un hombre de unos cincuenta años, no muy alto, ya entrado en carnes y con cierta escasez de pelo más arriba de la frente. En su mano izquierda se veían dos costosas sortijas y un grueso cigarro, de casi un palmo de largo.

—Siéntense, por favor —dijo con exquisita cortesía—. Dispensen el procedimiento empleado para hacerles venir a mi casa, pero creo que no habrían accedido a hacerlo con una simple llamada telefónica.

—A decir verdad, yo tenía el proyecto de venir a visitarle, pero ocupaciones perentorias me lo han impedido hasta ahora —respondió Carroll—. ¿Puede decirnos lo que desea de nosotros?

Larsen se levantó, sujetó el cigarro con los dientes y se acercó a un elegante mueble, bien provisto de servicio de licores.

—¿No creen que una copa de un excelente *bourbon* sería un magnífico elemento para entrar en materia?

—No tengo ganas de beber —protestó Eva—. Sus sicarios me han dado un susto de muerte, señor Larsen.

—Lo siento de veras, señorita Doyle. Tenían instrucciones de tratarla con el máximo respeto y una absoluta corrección...

—Sí, pero me dieron a entender que tenían pistolas. De uno tal vez podría haberme defendido, pero de dos...

Con un vaso en la mano, Larsen volvió a su sitio.

—Le pido disculpas, señorita Doyle —dijo—. Una cosa pueden tener segura: sea cual fuere el acuerdo al que lleguemos, e incluso aunque rechacen mi proposición, les prometo solemnemente que saldrán de esta casa sin sufrir el menor daño físico.

—Esto es algo muy difícil de creer, sobre todo si uno piensa en sujetos como Rudy Ballinger o Ross Ewill —contestó Carroll muy tirante.

—Los servicios de esos caballeros fueron utilizados sin mi permiso —declaró Larsen sin pestañear—. Y por cierto, ambos están muertos, sospecho que por la misma persona. ¿Me equivoco, señor

Carroll?

El joven se echó aliento en las uñas, para simular luego sacarles brillo en la solapa de su traje.

—Aunque no estoy ante un tribunal, ¿le importa que me acoja a la Quinta Enmienda? Ya sabe, eso de que uno no puede declarar algo que puede incriminarle...

Larsen se echó a reír.

—¿Es usted un chico listo? ¿Cree que yo iba a denunciarle?

—Quizá hay una grabadora oculta en alguna parte —dijo Carroll sin pestañear.

—Si le gustase la espada, sería usted un maestro de esgrimistas —elogió el dueño de la casa—. Bien, lo que voy a decirles es algo que, como es lógico, interesa sobre todo a la señorita Doyle, de cuya defensa se ha encargado usted tan arduamente, señor Carroll.

—No defendiendo solamente a la señorita Doyle; pienso también en un buen amigo, asesinado de la forma más miserable que uno se pueda imaginar. Me refiero a Jeb Fowler, por si no lo recuerda usted, señor Larsen.

—No tuve nada que ver en ese desgraciado suceso.

—Pero sí intenta aprovecharse de sus consecuencias, ¿verdad?

—¿Se refiere a la herencia de la señorita Doyle?

—¿De qué otra cosa estamos hablando, aunque no la hayamos mencionado hasta ahora?

—Tiene usted razón, y puesto que el tema ha salido a relucir, quiero hacerles una proposición... A la señorita Doyle, por supuesto.

—No aceptaré ninguna componenda —declaró Eva, tajante.

—Ah, ¿ya lo estima así? —exclamó Larsen.

—Si nos trae aquí para hablarnos de la herencia, si no tratará de hacernos ningún daño, ¿qué otra cosa puedo pensar?

—¿Por qué no lo suelta de una vez? —pidió el joven, impaciente.

—Alguien ideó el secuestro de la señorita Doyle, para exigir un millón de dólares. La idea no era mala en sí, sólo que estuvo mal planteada y peor ejecutada.

—Sobre todo, si se tiene en cuenta el fingido matrimonio de un ama de llaves ambiciosa, con su patrón poco menos que moribundo y drogado.

—Es cierto, y también fue otro error, pero yo no soy persona que acostumbre fallar —dijo Larsen, petulante—. Y como no fallaré, caso de que usted se niegue a aceptar mi proposición, señorita Doyle... ¿Entiende lo que quiero decir?

—Hable de una vez —contestó Eva sin inmutarse—. Diga lo que diga, mi respuesta será siempre no.

—Sólo quiero medio millón para mí, la mitad de lo que pensaban conseguir una pandilla de estúpidos que jugaron a los secuestros, como las niñas juegan con sus muñecas. El resto, un millón para usted, señorita, o...

—¿O qué? —preguntó Carroll.

—O lo perderá todo, absolutamente todo, y se quedará sin un céntimo —declaró Larsen con frialdad.

Sobrevino una pausa de silencio. De pronto Eva se puso en pie.

—Antes dijo que podríamos irnos sin daño alguno, sea cual fuera mi respuesta, ¿no es así?

—Cierto —admitió el dueño de la casa.

—Entonces ya puede actuar como mejor le venga en gana, porque nunca aceptaré entregar un dólar de lo que me pertenece legítimamente a un tipo... como usted.

—Lo lamentará. Perderá todo, señorita Doyle.

Eva no se molestó siquiera en contestar.

—¿Vamos, Vance?

Carroll hizo un gesto con las manos.

—Ya lo ha oído usted, señor Larsen —dijo.

—Usted es su asesor...

—Estoy plenamente de acuerdo con su decisión. ¿Puede indicar a sus... empleados que nos devuelvan a mi casa?

Larsen tocó un timbre que había encima de la mesa.

—Como prometí, regresarán sin sufrir el menor daño —dijo.

Cuando los dos jóvenes hubieron salido de la habitación, se abrió una puerta lateral y una mujer se hizo visible.

—Lo he oído todo, Dunn —dijo Amelia Wahalee.

—Se niegan a darme medio millón.

—Creí que les ibas a pedir tres cuartos...

—Amelia, tú y el imbécil de Avery queráis un millón y habéis cometido una serie de torpezas que no tiene límite —dijo Larsen crudamente—. Yo prefiero medio millón, no sólo porque es una

cantidad más razonable, sino porque, si empezamos a pensar bien las cosas, podríamos quedarnos sin nada.

—Dijiste setecientos cincuenta mil —insistió ella.

—Quinientos mil. La mitad para ti y puedes darte por contenta...

—¡No! —aulló la mujer—. Quiero, por lo menos, cuatrocientos...

La bofetada restalló como un latigazo. Amelia, con los ojos repentinamente llenos de lágrimas, cayó sentada en un sillón, la mano apoyada en el lugar donde había recibido el golpe.

Larsen se inclinó hacia ella.

—Tendrás doscientos cincuenta mil, ni uno más —dijo—. Pero si sigues levantándome la voz, te quedarás sin nada. ¿Me has oído?

En el rostro de la mujer apareció el miedo.

—Sí, Dunn, doscientos cincuenta mil. Lo que tú digas...

—Eso ya está mejor —contestó Larsen. Volvió a la mesa de despacho, tocó la palanquita de un interfono y dio una orden—: Carroll y Eva Doyle acaban de marcharse. Quiero que alguien los siga en todo momento, sin perderlos de vista ni un solo segundo, ni de noche ni de día, y que se me tenga constantemente informado del menor de sus movimientos. ¿Entendido?

—Sí, señor —contestó alguien—. Usaremos el coche con radioteléfono, si le parece bien.

—Perfecto. Eso es todo.

Larsen volvió a llenar su copa y la levantó con expresión triunfante.

—Acabarán por ceder, ya lo verás, Amelia —vaticinó.

CAPÍTULO XI

Eva miró a través de la ventana y frunció el ceño.

—Vance, tenemos vigilantes —dijo.

—Lo esperaba —contestó Carroll tranquilamente.

—Parece que Larsen no quiere perderse uno solo de nuestros pasos, ¿eh?

—Es lógico. Se ha mostrado más modesto que Avery y la señora Wahalee, pero, a fin de cuentas, medio millón es un bocado bastante apetitoso.

—Hay algo que no entiendo —dijo ella—. ¿Por qué me amenazó con dejarme sin nada, si no accedía a darle medio millón?

—Eso es lo que vamos a tratar de averiguar, aunque a mi hay otra cosa que me preocupa más en estos momentos.

—¿Sí, Vance?

—Nequod. ¿Por qué no lo ha sacado a relucir en la conversación?

—¿Y por qué tenía que hacerlo? —se sorprendió ella.

—La muerte de Nequod resulta algo incomprensible, mientras no se conozcan sus motivos. Pero puede que eso lo sepamos hoy mismo... y terminemos de averiguarlo mañana.

—¿Cómo, Vance?

Carroll estaba vaciando de documentos su maletín de ejecutivo. Al terminar, se volvió hacia la joven.

—Pon aquí un camisón y un cepillo de dientes. Yo llevaré mi pijama y otro cepillo de dientes. En el coche tengo una afeitadora a pilas; es todo lo que necesitamos.

—¿Vamos a dormir fuera? —se asombró Eva.

—Sí, en un motel, pero descuida que no nos seguirán. Tengo un plan para deshacernos de nuestras sombras.

—Será seguro, supongo.

—No lo dudes, sobre todo si tenemos en cuenta de que, antes de

tomar hospedaje en un motel, vamos a registrar el apartamento de Nequod.

—Vance, ¿qué esperas encontrar allí? —preguntó la muchacha.

—Es posible que encontremos el certificado de matrimonio que vio Nellie Dunbar y también algunos otros documentos importantes, de cuya existencia, lo presiento, Larsen no tiene la menor noticia. Si nos anticipamos a él, como espero, habremos ganado la partida.

—Muy bien —aprobó Eva—. Pero ¿por qué tú portafolios y no un maletín corriente? —se extrañó.

—Mujer, si nos vieran con un maletín podrían sospechar que abandonamos la ciudad. Tú, con un bolso normal, y yo, con el portafolios, daremos la sensación de que vamos a resolver algunos asuntos sin demasiada importancia.

—¿Y para perdernos de ellos?

—Primero nos detendremos frente a un sitio donde vendan dulces y comprarás, muy aparatosamente, una caja de bombones. Después, perfume en alguna perfumería. Finalmente yo entraré en una ferretería que conozco, a comprar una linterna en apariencia, pero realmente, el agua caliente que nos permitirá despegarnos de los chicos de Larsen.

—No acabo de entenderte del todo, pero lo haré como dices —sonrió la joven.

Minutos después salían de la casa y realizaron las compras por el orden indicado, haciéndolo primero ella, mientras Carroll aguardaba en el coche. Los perseguidores iban puntualmente tras ellos y su coche se detuvo a pocos pasos cuando Carroll se apeó para entrar en la ferretería.

—No les importa que les veamos —dijo, cuando ya abría la portezuela del automóvil—. Al contrario, yo diría que quieren hacernos saber que no nos pierden de vista un solo segundo.

—¿Venden aquí el agua caliente? —preguntó Eva jovialmente.

—Infalible, ya lo verás.

Carroll entró en la ferretería. Diez minutos después salía cargado con una enorme linterna y un triángulo rojo de señalización de avería en la carretera, todo lo cual dejó en el maletero del coche. Después se inclinó y examinó con aparente curiosidad algo que había situado bajo la zaga del vehículo.

Acuclillado, pero vuelto de espaldas a sus perseguidores, éstos

no podían verle, desde el asiento delantero de su coche, sino la cabeza y los hombros. Sin embargo, no pudieron divisar los objetos que Carroll sacaba de uno de los bolsillos y dejaba en el suelo, en la adecuada posición para que hiciera el efecto deseado.

A los pocos segundos regresó a su puesto y puso el motor en marcha.

—Mira hacia atrás, Eva —indicó.

—Me verán —objetó ella.

—Eso ya no tiene importancia —respondió Carroll.

Eva se volvió en el asiento, a tiempo de ver arrancar el coche de sus perseguidores. Pero apenas habían dado unas cuantas vueltas sus ruedas, el automóvil se detuvo casi en seco.

—¡Se le han desinchado las dos ruedas delanteras! —exclamó.

—Ya te dije que el agua caliente daría resultado —rió el joven.

—¿Tachuelas? —Adivinó Eva.

—Un elemento que se puede adquirir fácilmente en una ferretería, ¿no te parece?

—Se van a tirar de los pelos...

—Antiguamente se decía mesarse los cabellos. Sólo les falta rasgarse las vestiduras y arrojarle ceniza sobre la cabeza, porque están temblando de miedo al pensar lo que dirá Larsen cuando sepa que nos han perdido.

—Y... ¿no nos encontrarán? —preguntó Eva, muy aprensiva.

—Nos encontrarán cuando a nosotros nos convenga —respondió él firmemente.

Tal como Carroll había supuesto, una generosa propina hizo que el conserje cerrase los ojos y les entregase la llave maestra, con la que pudieron entrar sin dificultad en el apartamento de Nequod.

Había señales indudables de que había sido registrado, aunque el desorden no era excesivo.

—Alguien se nos ha anticipado —dijo Eva, quejumbrosa.

—Era de suponer, aunque confío en que no hayan encontrado lo que buscamos nosotros.

—¿Qué podrían buscar ellos, Vance?

—Nequod, sin duda, debía conservar documentos y fotografías que podrían, acaso, comprometer a algunas mujeres.

—Además de vividor, chantajista —calificó ella, despectivamente.

—¿Acaso un chantajista no es también un vividor? Vamos, dejemos los comentarios a un lado y pongamos manos a la obra. Busca por todas partes, incluso en los rincones más inverosímiles. Si encuentras algo extraño me lo dices en seguida. ¿De acuerdo?

—Está bien, Vance.

El registro resultó meticuloso en sumo grado, aunque un par de horas más tarde hubieron de confesarse que habían fracasado.

Eva se sentó en un diván y puso los pies sobre una mesita, tras haberse descalzado.

—Estoy muerta —confesó.

Carroll se sentía frustrado. Era ya de noche y sus hipótesis, que esperaba convertir en realidades, parecían ir a derrumbarse por completo.

Un tanto nervioso, se paseó por la sala, mordiéndose los labios.

—No puede ser. Tiene que haber algo escondido aquí...

—Hemos mirado por todas partes. Sólo nos ha faltado levantar el suelo, pero ya lo hemos tanteado y no hemos dado con un sonido hueco, como tampoco en los muros —alegó Eva—, vanee, ¿no guardaría Nequod sus documentos importantes en la caja fuerte de un banco?

—Es posible, pero no probable.

—¿Por qué?

—No se... Me imagino que ideó un buen escondite...

La mirada del joven se fijó de pronto en una pequeña librería, con dos estantes, sostenida al aire en una de las paredes. Uno de los estantes no tenía libros y si algunas figuritas de porcelana, muy decorativas.

Habían examinado los libros uno a uno, sin encontrar nada. Desde la posición en que se encontraba, le pareció ver algo extraño.

Con la mirada fija en la estantería, dio dos o tres pasos laterales. El trozo de pared que había detrás recobró la apariencia normal, como continuidad del resto.

Retrocedió al mismo sitio. El cuadrado, de unos setenta centímetros de alto por ochenta de alto, tomó una coloración algo diferente.

—Cambia de tono, según incidan los rayos de luz —murmuró.

—¿Qué dices? —preguntó Eva intrigada.

—Mira esa estantería. Está en un lugar incorrecto, dentro de la

decoración general del apartamento, y permite ver en parte la pared del otro lado.

—He revisado los libros uno a uno...

—Pero no la has movido, ¿verdad?

—No se me ha ocurrido —admitió ella.

—Está tan a la vista que pasa por completo desapercibido. Dime, Eva, ¿por qué el leopardo tiene la piel manchada?

—¿Vas a darme ahora una lección de zoología?

—Para que nadie vea una cosa, lo mejor es dejarla a la vista de todo el mundo. La piel del leopardo se confunde con la vegetación... y esa estantería forma parte de la decoración de la sala, sin que nadie advierta en ella nada extraño. Pero ahora verás...

Carroll se acercó a la pared, descolgó la pequeña librería, tanteó un poco con las yemas de los dedos y luego, de súbito, asestó un fuerte puñetazo.

Se oyó un estallido de maderas rotas. Parte de la pared cedió. Con las manos protegidas por sendos pañuelos, Carroll acabó de rasgar la débil chapa de madera que había oculta bajo el empapelado y tiró las astillas al suelo.

Los ojos atónitos de Eva vieron un hueco cuadrado de unos cincuenta centímetros de lado por veinte de profundidad, repleto de papeles en sobres, además de algunos paquetes de forma oblonga.

Carroll fue inmediatamente a la cocina y buscó una bolsa de basura, en la que guardó el contenido del hueco.

—Vámonos; tenemos toda la noche para examinar todo esto en el motel —dijo.

A las once de la noche encontraron un certificado de matrimonio, cuya lectura arrancó un grito de sorpresa a Eva.

—Entonces, era cierto... ¡Se casó con Bea Jackson!

—Y que se sepa, seguía siendo su esposo cuando lo apuñaló El Serpiente —contestó Carroll.

Los paquetes de forma oblonga eran cintas de vídeo, etiquetadas según su contenido. El título de una de ellas era *Caso Waldemar Thrutter*.

—Esto me suena —dijo—. Thrutter... Ah, ya recuerdo. Un hombre de negocios asesinado hace algunos años...

En la habitación había un vídeo y opuso la cinta en el lugar

correspondiente. Momentos después vieron aparecer en la pantalla a un hombre en mangas de camisa, sirviéndose un *whisky*.

Otro hombre entró segundos después, por una puerta situada a escalas del primero.

—Tomaron la escena con una cámara oculta —dijo él.

—Para, más adelante, algún posible chantaje —supuso Eva.

—Exactamente.

El primer hombre se volvió y discutió vivamente con el otro. Luego, Waldemar Thrutter quiso golpear al segundo, pero éste retrocedió defendiéndose como podía, hasta alcanzar con la mano una estatuilla de bronce, con la que golpeó la frente de su adversario. Thrutter cayó fulminado.

—El asesino fue Nequod —dijo la joven.

Nequod limpió a continuación sus huellas dactilares, registró al muerto, vació de dinero su billetera, limpiándola también después, y finalmente se marchó.

A los pocos momentos entró una joven, vestida con una *negligée*. Ella se aterró al ver el cadáver. Inconscientemente, recogió la estatuilla caída del suelo y la dejó en su sitio. Momentos después salía de la estancia, para reaparecer nuevamente, vestida de calle.

—Cometió una imprudencia —dijo Carroll—. Dejó sus huellas en la estatua y ahora está en la cárcel de Corona.

—Sí, pero ¿quién es? Yo no la conozco...

Carroll sonrió.

—Mañana lo veremos —respondió—. Después de tantas emociones, ¿no tienes sueño?

—Estoy tan excitada...

—Tiéndete en la cama y cuenta corderitos —aconsejó Carroll, socarrón.

La funcionaria encargada del registro pasó unas cuantas páginas, y al fin encontró el dato deseado.

—El señor Christopher Nequod visitó a la reclusa Ernestine Franklin en ese día, efectivamente —dijo.

—Yo también deseo visitarla —manifestó el joven—. Soy abogado, debidamente inscrito en la asociación correspondiente, y necesito hablar con la Franklin, a fin de hacerle saber que puedo conseguir su libertad en un plazo muy breve.

—La condena es bastante alta. Mató a un hombre...

—Por favor, señora —insistió Carroll.

—Está bien, escriba su nombre y avisaré a Franklin.

—También asistirá mi ayudante, la señorita Doyle.

La funcionaria no puso objeción alguna. Cuando ya se iba a retirar, Carroll le formuló una petición:

—Por favor, no le diga a Franklin los motivos de mi visita. Simplemente, díglele que un abogado desea verla.

—De acuerdo.

Carroll y la muchacha pasaron a la sala de visitas. El encendió un cigarrillo.

—Eva, ¿qué tal te sienta perder millón y medio? —preguntó.

—¿Lo crees así?

—Desde luego. Lo siento por ti, pero no hay otra solución.

—La verdad, esto empezaba ya a pesarme demasiado...

Transcurrieron unos minutos. De pronto, una mujer joven vestida con una bata gris, apareció en la estancia.

Era alta, esbelta, y tenía el pelo castaño y los ojos grises. La cara estaba limpia, aunque, evidentemente, con otras ropas y el maquillaje adecuado podría parecer una mujer enteramente distinta.

—Soy Ernestine Franklin —se presentó.

—Siéntese, por favor —indicó el joven—. Permítame dar nuestros nombres: abogado Vance Carroll, señorita Eva Doyle.

—Encantada —dijo la presa.

Carroll le ofreció un cigarrillo a través de la mesa, que ella encendió con cierto nerviosismo. Al cabo de unos segundos, él la miró fijamente.

—Ernestine Franklin... El apellido no le pertenece, aunque sí el nombre, su segundo nombre en realidad, ¿no es cierto?

—¿Adónde quiere ir usted a parar? —preguntó la joven.

Carroll sacó un documento que desplegó sobre la mesa.

—Su certificado de matrimonio con Christopher Nequod, celebrado hace alrededor de diez años, Beatrice Ernestine Jackson —dijo solemnemente.

Hubo un momento de silencio. Las manos de Bea temblaban.

—¿Por qué viene a recordarme algo que deseo olvidar? —exclamó al cabo.

—Por la sencilla razón de que tengo las pruebas de su inocencia

en el asesinato de Waldemar Thrutter y voy a conseguir su libertad antes de veinticuatro horas —respondió Carroll.

CAPÍTULO XII

—No, nunca quise relacionarme con mi padre, después de marcharme de casa para casarme con Chris —explicó Bea, después de haber salido de la cárcel, no veinticuatro, sino cuarenta y ocho horas más tarde.

Carroll había pospuesto las explicaciones, a fin de que la joven se tranquilizase, después de saber que había conseguido las pruebas de su inocencia. Ahora, ya en la calle, Bea se sentía otra y miraba a todas partes con renovado interés.

—Debo admitir que mi vida no fue precisamente un modelo de virtud —continuó Bea tras un leve intervalo—. Mi padre, por otra parte, fue siempre un egomaniaco, un hombre absolutamente intratable, aunque supongo que ya en los últimos años de su vida debió de cambiar de carácter. Pero entonces no podía perdonarle la forma en que me trató, llegando, incluso en una ocasión, a golpearme con un bastón. Había convertido mi vida en un infierno y decidí marcharme con Chris. Se casó conmigo, porque esperaba que un día me reconciliase con mi padre, no porque en realidad me amase como decía. No le resultaba indiferente, esto es cierto, pero se cansó pronto de mí.

—Y se separaron, pero no se divorciaron —dijo Carroll.

—Él no quiso concederme nunca el divorcio, aunque yo se lo pedí en más de una ocasión. Supongo que así me tenía atada, con un certificado de matrimonio.

—Y hasta cierto punto, era así —convino Eva—. Pero tú podías haber instado una demanda de divorcio...

—Consulté con un par de abogados. Ninguno me dio esperanzas. Además, yo tenía mi propio orgullo. Pensaba en lo que diría mi padre cuando se enterase...

—Claro, el «ya te lo decía yo» —sonrió Carroll—. Cosa que usted no quería escuchar de labios de su padre, ¿verdad?

—Así es. Desde que me fui de casa, no volvió a tener noticias mías. Chris y yo viajamos mucho, incluso por el extranjero, y tal vez por ello mi padre consiguió la declaración de mi muerte legal.

—¿Qué pasó con Thrutter, Bea?

—Fue en uno de los períodos de reconciliación entre Chris y yo. Chris dijo que iba a venir a visitarme un hombre de negocios, para tratar de un asunto muy importante. Lo que yo no podía imaginarme es que él quería robarle, ni mucho menos en que la visita acabase en asesinato.

—¿Te denunció él a la policía? —inquirió Eva.

—Sí, porque me detuvieron el mismo día. Las huellas que encontraron en la estatuilla fueron concluyentes para que el jurado me considerase culpable.

—¿Y no hiciste nada por pedir ayuda a tu padre?

—Prefería que no supiera nada. Además, Chris decía una y otra vez que iba a conseguir mi libertad... Por otra parte, fui detenida bajo el nombre de Ernestine Franklin, el apellido de mi madre.

—Chris vino a visitarla a usted a primeros de abril. ¿Qué te dijo?

—Simplemente, me pidió que surgiera a la luz, con mi nombre auténtico, para reclamar la herencia de mi padre. Presentaría las pruebas de mi inocencia y volveríamos a ser felices, como al principio...

—Con un millón y medio de dólares como recompensa por su «virtuoso» comportamiento —dijo Carroll sarcásticamente.

—Pero entonces se habría acusado a sí mismo, al presentar el vídeo —alegó Eva.

—Habría recortado el trozo de cinta en el que se le ve peleando con Thrutter —respondió el joven—. ¿Se negó usted, Bea? ¿Por qué?

—Había aprendido a conocerle y le dije que prefería cumplir mi condena antes de hacer nada que pudiera proporcionarle un dólar de beneficio.

Carroll se volvió hacia Eva.

—Entonces, supongo, fue cuando Avery y Amelia tramaron su plan para secuestrarte —dijo.

—Sí, ellos decidieron que Amelia debía de tener su parte en la herencia, aunque ignoraban que Bea seguía viva, incluso cuando contrataron a Chris para que me conquistase. Yo pienso que la

existencia de Bea fue siempre el secreto que Nequod guardó más celosamente. La quería sólo para él... Su dinero, claro —contestó Eva.

—Sí, pero eso no encaja demasiado con la existencia de Bea. Conquistarte a ti para beneficio de otros no parece demasiado lógico —objetó el joven.

—Era también una tapadera para que no se les ocurriese un día indagar sobre la existencia de Bea. Obtenía algún beneficio y siempre le quedaba la esperanza de que Bea cediese algún día a sus ansias de quedar libre.

—Quizá lo hizo también por despecho, ya convencido de que Bea no quería salir de la cárcel, a costa de entregarle su herencia. De todos modos, ¿por qué lo mataron? Es algo que no hemos averiguado todavía y me tiene enormemente intrigado.

De pronto, Carroll recordó algo que le había dicho Larsen. Era éste quien tiraba de los hilos del asunto. ¿Era probable que estuviese ya enterado de que Bea seguía viva, aunque en la cárcel?

Si era así, o Avery o Amelia eran sus cómplices, y la muerte de Nequod suprimía un posible obstáculo para conseguir el botín del millón de dólares que esperaban diese Eva como rescate. Nequod podía hacer valer algún día sus derechos como esposo de Eva...

—Y quién sabe si también no había planeado su muerte, en cuyo caso él habría resultado el heredero de su difunta esposa, heredera, a su vez, de la fortuna de su padre —dijo a media voz, como si hablase consigo mismo.

—¿Cree usted que Chris habría sido capaz de matarme? —se asombró Bea.

—Después de conocerle, no me habría extrañado en absoluto —contestó el joven—. Lo que pasa es que no era fácil planear un asesinato, estando usted todavía en la cárcel. Pero es muy posible que pasara por su imaginación, aunque alguien se encargó de librarle para siempre de esos malos pensamientos.

—¿Quién fue esa persona, por favor?

Repentinamente, porque ya estaban de vuelta en la ciudad, un coche negro se interpuso en su ruta, obligando a Carroll a frenar en seco. Antes de que pudiera recobrase de la sorpresa, un hombre, pistola en mano, entró en el automóvil, empujando a Bea para conseguir sitio en el asiento delantero.

—Vamos a casa de Avery —ordenó Brutus Warren.

—Bea, aquí tiene la respuesta a su pregunta —dijo Carroll.

—Bien —dijo Avery, cuando Carroll y las dos mujeres estuvieron frente a él en su casa—, creo que ha llegado ya la hora de poner las cartas boca arriba. Señorita Doyle, no pienso esperar ni un minuto más y usted sabe muy bien a qué me refiero.

—A un millón de dólares que yo he de entregarle, para mi rescate —contestó la muchacha sin vacilar.

—Por su rescate, no; por las vidas de sus amigos —corrigió Avery cínicamente—. Primero mataremos al entrometido picapleitos que tantos disgustos nos ha dado. Si no cede, seguiremos con la otra mujer... Por cierto, ¿quién es? ¿Por qué está con ustedes?

Eva cambió una mirada de inteligencia con Carroll. Éste sonrió, a la vez que hacía un gesto de aquiescencia.

—Señor Avery, tengo el gusto de presentarle a la hija de Jackson —anunció con solemne acento.

La boca del sujeto se abrió en una mueca de asombro.

—No puede ser... Está muerta...

—Sus huellas dactilares están registradas desde hace diez años en los archivos de la policía —dijo Carroll flemáticamente—. ¿Quiere que hagamos una comprobación?

Avery se revolvió hacia Eva.

—Si la mato a ella, usted seguirá siendo su heredera —rugió.

—Y luego usted, descuide, ya le ajustarán las cuentas —sonrió Carroll.

—¿Quién? Nadie se enteraría...

—Salvo, tal vez, Amelia Wahalee, de la cual sospecho está de acuerdo con Dunn Larsen. Usted haría todo el trabajo sucio y ellos se llevarían el beneficio. Larsen sabía que Bea estaba viva. Usted lo ignoraba, ¿no es así?

Avery asintió maquinalmente.

—¿Por qué no está Amelia aquí? —añadió el joven.

—Ella... ella no me traicionaría... —dijo Avery sordamente.

—¿Está usted seguro? —Carroll sacó del bolsillo una hoja de papel y, tras desplegarla, empezó a leer—. Antes de convertirse en digamos su amiga, cuando ya era ama de llaves de Jackson y tenía algunos años menos y resultaba bastante más atractiva, Amelia

actuó como gobernante de uno de los locales de Larsen, un club de recreo para caballeros distinguidos, atendidos por bellas señoritas, en donde unos y otros se dedicaban a juegos pretendidamente inocentes, pero que tenían mucho que ver con la prostitución.

»Por, llamémoslas así, diferencias de criterio, Amelia rompió con Larsen y consiguió el empleo de ama de llaves de Jackson. Entonces le conoció a usted, un culto y refinado caballero, digno vástago de una antigua familia, pero sin un céntimo y cuya única fortuna consistía en esta casa, sujeta a tantas hipotecas, que podría empapelarse con los documentos que usted ha firmado para conseguir dinero. Planearon la boda, que no salió bien; el secuestro, no menos fracasado y derivaron hacia el crimen, iniciando su carrera con la muerte de mi amigo Fowler, de quien temían que su intervención frustrase sus planes. Quizá —continuó Carroll implacablemente— si le hubieran dejado vivo las cosas se hubieran desarrollado de un modo muy distinto, favorablemente para ustedes, claro. A fin de cuentas, mi amigo no era infalible y pudo haber fracasado.

»Pero en vista de que no conseguían nada positivo, Amelia volvió los ojos hacia un antiguo conocido, a quien puso en antecedentes de todo lo que sucedía. Larsen tenía mejor servicio de información y pronto averiguó que Bea Jackson estaba viva. No le convenía, en cambio, que continuase siendo la esposa de Nequod y envió a Ewill con un puñal contra el mencionado. Naturalmente, usted cargará con todas las culpas, mientras ellos salen del asunto sin dinero, pero con las manos limpias —Carroll dobló el papel y lo guardó en el bolsillo—. Los colaboradores de Fowler eran buenos, trabajaron para mí y consiguieron todos estos informes —concluyó.

Los ojos de Avery estaban fuera de las órbitas.

—De modo que ella lo sabía y me traicionó...

—Acabo de decírselo, Viktor.

Sobrevino un momento de silencio. De súbito, se abrió la puerta y Amelia entró en la habitación, seguida de Larsen.

—Viktor, tengo que decirte algo...

Avery no la dejó continuar. Cegado por la cólera, sacó un revólver y empezó a disparar contra la mujer.

Amelia chilló horrorosamente. Carroll agarró a Eva y Bea por los brazos y tiró de ellas hacia un rincón.

Larsen, sorprendido, tardó un poco en reaccionar. Amelia estaba delante de él y recibió en pleno pecho los primeros impactos, pero al caer lo dejó al descubierto y sintió en el hombro izquierdo la quemadura de una bala.

Ya sacaba su revólver y disparó furiosamente contra Avery. Éste hizo fuego una vez más y se incorporó convulsivamente en su sillón, para desplomarse al suelo detrás de la mesa. Larsen emitió un gemido, soltó el arma y se sentó sobre la alfombra, con la mano derecha apoyada en el muslo izquierdo, atravesado por el segundo balazo.

—Llamen a un médico —gimió.

Dos rostros aterrados se asomaron a la puerta.

—Nosotros no hemos tenido nada que ver con esto —dijeron Warren y Cohen casi a dúo.

Carroll asintió.

—Será mejor que llamen a la policía y a las ambulancias —ordenó.

Luego hizo salir a las dos mujeres de la estancia. Avery y Amelia habían muerto.

—Os lo merecáis —murmuró, pensando en Fowler.

Larsen seguía quejándose y le miró con hostilidad.

—Ha cometido un homicidio —acusó—. Tendrá que responder ante la justicia por lo ocurrido.

—Sólo me defendí... —dijo Larsen quejumbrosamente.

—¿También se defendía de Nequod?

Larsen no encontró respuesta para aquella pregunta y bajó la cabeza. Carroll se llevó el revólver con la punta del zapato y salió al vestíbulo, donde le aguardaban las dos mujeres.

—Bueno, Eva, creo que tendrás que ir pensando en la forma de devolver lo que tienes a quien legalmente pertenece —sonrió.

—Pues... a decir verdad, se me va a quitar un peso de encima muy grande —confesó la muchacha. Se volvió hacia la otra—: Mañana empezaremos los trámites para que recobres tu herencia —añadió.

Bea parecía conmovida.

—Nunca os lo agradeceré bastante... El dinero vale menos que la prueba de mi inocencia en la muerte de Thrutter, que he conseguido gracias a vosotros dos —contestó.

—Eras un poco obstinada, como tu padre. En lo sucesivo procura ser más flexible —aconsejó el joven—. Y sobre todo ten cuidado; porque cuando se haga público lo ocurrido, te van a salir admiradores hasta de debajo de las piedras.

—Ahora tengo experiencia; sabré mantenerlos a raya —contestó Bea.

Veinticuatro horas más tarde, en presencia de Eva, Carroll entregó algo a Bea.

—Es una copia de la cinta que Chris grabó el día de la muerte de Thrutter. Había instalado la cámara allí, para filmar determinados encuentros que un día pudieran producirle dinero y, cegado por la ira, no se dio cuenta entonces de que la cámara estaba funcionando cuando mató a Thrutter.

Bea apretó el cartucho de cinta un instante contra su pecho y luego meneó la cabeza.

—Lo destruiré —manifestó—. No quiero volver a revivir un momento más aquella horrible escena...

—Como quieras. El original está en poder del fiscal y eso es lo que interesa. También le entregué toda la documentación de Chris, que nadie, ni Avery ni Larsen, pudieron encontrar nunca. Algunas personas serán acusadas de ciertos delitos, pero no tienen mayor importancia que la que les otorga una publicidad indeseada.

—De lo cual se aprovechará él para hacer chantaje.

—Exactamente.

—No se privaba de nada... —Bea cerró los ojos un momento—. ¿Cómo pude ser tan estúpida...?

—Dicen que el amor es ciego, no te hagas reproches —contestó Carroll persuasivamente.

Eva estaba delante y se volvió hacia ella.

—¿Vamos, encanto?

—Aguardad un instante, por favor —pidió Bea.

Carroll y Eva la miraron con curiosidad. Bea dijo:

—Os debo a los dos la devolución de lo que me correspondía por la herencia, pero como presiento que muy pronto va a ocurrir algo sumamente agradable, debo deciros que tengo la intención de haceros un magnífico regalo.

—¿Un regalo? —se sorprendió Eva—. A mí no me hace falta...

—Hablo de un regalo de bodas —sonrió Bea.

—Él no me ha pedido en matrimonio —exclamó la muchacha.

—Pienso hacerlo en cuanto salgamos de esta habitación —aseguró Carroll.

—¿Lo ves, Eva? —dijo Bea alegremente—. Sí, un buen regalo...

—No admitiré nada que no sea lo clásico: una mantelería, una vajilla... —dijo Eva.

—Bea, regálale lo que quieras, pero apuesto algo a que ningún regalo le gustará más a Eva que el que pienso hacerle yo —dijo el joven.

Las dos le miraron sonriendo. Carroll pasó el brazo en torno de la cintura de la joven y añadió:

—Para una mujer, el mejor regalo en el día de su boda es un marido enamorado.

—O sea, tú —rió Eva, feliz.

—Yo, exactamente —confirmó Carroll.

FIN

¿Cuántos cabellos ha perdido usted hoy?

¿Ha mirado
bien el
peine, la
almohada y
el lavabo?



ADGOF N° 25 844 C ADGOF N° 29 496 C

¡Olvide los
cabellos
caídos,
pero procure
conservar
los que le
quedan!

¡No espere a quedarse calvo!

Un buen consejo para usted: Utilice Queratin Loción y Queratin Champú

Aplice usted el procedimiento más efectivo para procurar resolver los problemas de su cabello, que consiste en usar una buena loción con el objeto de que le facilite el proceso regenerador de las raíces capilares.

Con esta finalidad se elaboran y comercializan con mucho éxito los preparados Queratin Loción y Champú Universal Queratin, que por su gran efecto tónico son muy recomendados para evitar la caída del cabello y acelerar su crecimiento.

A los pocos días del uso metódico de Queratin Loción y Champú Universal Queratin usted notará su influencia en el estado general de su cabello y continuado el tratamiento podrá observar pronto apreciables y beneficiosos resultados.

Por sus excelentes y valiosos efectos los preparados Queratin son muy aconsejados para hombres y mujeres en los siguientes casos:

- Eliminar gradualmente la caspa y el exceso de grasa del cuero cabelludo.
- Fortalecer y cuidar las raíces mejorando el aspecto decaído del cabello.
- Proporcionarle a éste mayor volumen y brillo, dejándole sedoso, suave y fácil para peinar.

(Continúa en la página siguiente)

Procure usted resolver cuanto antes los problemas de su cabello sin esperar a que se acentúen usando los productos Queratín, pues es más fácil detener una deficiencia capilar naciente que el remediar un problema que se haya convertido en crónico.

Si ya tiene usted cabellos normales y vigorosos consérvelos como hacen infinidad de personas que aplican continuamente con constancia y regularidad Queratín Loción y Champú Universal Queratín, para ayudarse a conservar la cabellera joven y sana, disfrutando además de su agradable y discreto perfume.

¡Beneficiése usted también de la acción bienhechora que proporcionan los magníficos productos QUERATÍN!

¡NO LO DUDE! Haga HOY MISMO la petición enviando a Selecciones Europeas, Apartado de Correos, n.º 330, Santander (España), el boletín de pedido con su dirección completa escrita a máquina o con letra muy clara, en sobre cerrado y debidamente franqueado, y si no quiere recortar el boletín pa-

ra no estropear la novela facilítenos en carta sus señas igualmente con todos los datos de la misma forma, rogándole nos diga además, que su pedido es como consecuencia de haber leído el anuncio de las novelas de la Editorial Bruguera, S.A.

Ventas para España: Exclusivamente por correo contra reembolso a los siguientes precios:

QUERATÍN LOCIÓN

Frasco: 975 pesetas.

Contenido 200 ml.

CHAMPÚ UNIVESAL QUERATÍN

Frasco: 875 pesetas.

Contenido 200 ml.

Gastos de embalaje y envío certificado: 250 pesetas.

Ventas para el extranjero: Los dos frascos QUERATÍN (Loción y Champú) incluidos los gastos de embalaje y envío certificado, aéreo y urgente, 30 DOLARES USA, acompañando esta cantidad en billetes grandes muy disimuladamente en la carta certificada de pedido, o adjuntando Cheque bancario con firma de gerencia, con la absoluta seguridad de que, se lo serviremos a correo seguido.

BOLETÍN DE PEDIDO

Selecciones Europeas, Apdo. Correos n.º 330 - Santander (España)

Ventas para España: Señale con una X en los recuadros del artículo que le interesa y el número de frascos.

☐ Queratín Champú ☐ Número de frascos
☐ Queratín Loción ☐ Número de frascos

Nombre

Apellidos

Calle Número Piso

Población Distrito Postal

Provincia

Jerry Cotton

LA NOVELA
POLICIACA
DE MAS EXITO
EN TODO
EL MUNDO

BRUGUERA



INSTRUCCIONES PARA PARTICIPAR EN EL CONCURSO GANE 1 MILLÓN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A., sorteará el último día hábil de cada mes, durante el primer semestre de 1985, 1 millón de pesetas entre todos los lectores que hayan enviado debidamente rellenado el cupón que figura en la tapa posterior de las novelas.

En dicho cupón ha de constar también el punto de venta dónde se ha adquirido el ejemplar, ya que el vendedor del cupón logrará un premio de 250.000 pesetas.

los cupones deberán enviarse a **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Apartado de Correos 9475, Barcelona.

Pueden enviarse todos los cupones que se desee, los cupones participantes en un sorteo serán destruidos al finalizar éste.

Los sorteos se efectuarán ante un notario de Barcelona y los ganadores que resulten de cada sorteo (comprador y vendedor) recibirán notificación notarial de su premio. Editorial Bruguera, S. A. publicará el nombre de los ganadores en las últimas páginas de todos los bolsilibros que edita.

Este concurso sólo es válido para territorio español.

Según las normas de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**, en este concurso no podrán participar los empleados y familiares de los mismos.

NOTA:

Las novelas en las que no figure el cupón de la parte posterior también sirven para participar en este concurso. Solicite de su vendedor habitual un cupón, adjúntelo con la tapa posterior de la novela y envíelo a Editorial Bruguera, S. A. Apartado de Correos 9475 de Barcelona. Puede participar con todos los cupones que desee, siempre que cada cupón vaya acompañado de su correspondiente tapa.

GAÑE 1.000.000

DE PESETAS

GRAN CONCURSO MENSUAL

CUPON VÁLIDO SOLO PARA ESPAÑA

ESCRIBA SUS DATOS PERSONALES (EN MAYUSCULAS)

NOMBRE

APELLIDOS

CALLE.....No

POBLACION

PROVINCIA.....

DATOS DEL QUIOSCO O LIBRERIA.....

PLAZA O CALLE.....No

POBLACION

PROVINCIA.....

- INSTRUCCIONES DEL
CONCURSO EN EL INTERIOR.



8 410018 033174

BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA

75 PTAS.

IMPRESO EN ESPAÑA



